

EL COLEGIO DE MÉXICO

Boletín **118** *Editorial*

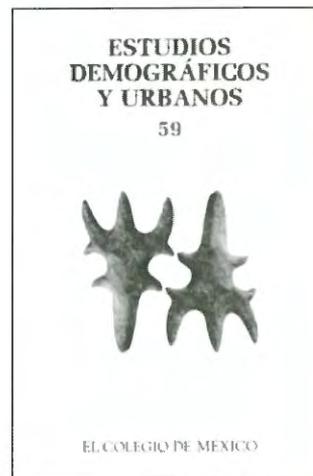
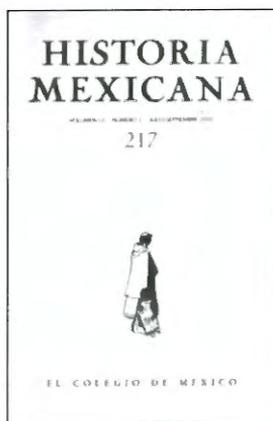
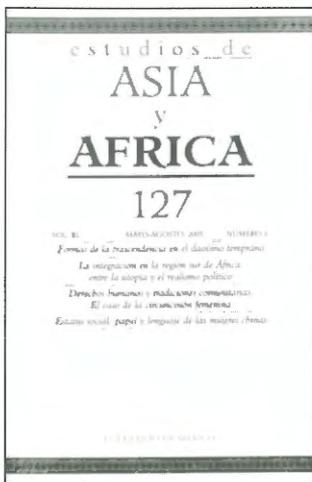
NOVIEMBRE-DICIEMBRE DE 2005



**Bases para un México
próspero y justo**
Gilberto Borja

Una distinción para el país
Mario Ojeda

PUBLICACIONES PERIÓDICICAS



**EL COLEGIO
DE MÉXICO**

El Colegio de México, A. C.,
Dirección de Publicaciones,
Camino al Ajusco 20,
Pedregal de Santa Teresa,
10740 México, D. F.

Para mayores informes:
Tel. 5449 3000, exts. 3090, 3138 y 3295,
Fax: 5449 3083 o Correo electrónico:
publi@colmex.mx



ÍNDICE

Bases para un México próspero y justo
■ *Gilberto Borja* ■ 3

Una distinción para el país
■ *Mario Ojeda* ■ 5

México antes y después
de la alternancia política
■ *Irma Pellicer* ■ 8

Sujetos de la modernidad
■ *Saurabh Dube* ■ 10

Tres salvaciones
Ver al hombre en su historia
■ *Fernando Serrano Migallón* ■ 19

George Sand:
entre la fábula urbana y la leyenda rural
■ *Adolfo Castañón* ■ 22

George Sand y Colette
Lo que les deben las mujeres
■ *Marie Gobin y Vanesa Postec* ■ 26

Ilustración de portada Casa de George Sand (La Vallée Noire). En ella murió en 1876.

EL COLEGIO DE MÉXICO, A. C., Camino al Ajusco 20, Pedregal de Santa Teresa, 10740, México, D.F., teléfono 5449 3000, ext. 3077, fax 5645 0464

Presidente JAVIER GARCÍADIEGO DANTAN ■ *Secretario general* MANUEL ORDORICA ■ *Coordinador general académico* JEAN-FRANÇOIS PRUD'HOMME ■ *Secretario académico* ALBERTO PALMA ■ *Secretario administrativo* ÁLVARO BAILLET ■ *Director de publicaciones* FRANCISCO GÓMEZ RUIZ ■ *Coordinador de producción* JOSÉ MARÍA ESPINASA ■ *Coordinadora de promoción y ventas* MARÍA CRUZ MORA ARJONA

BOLETÍN EDITORIAL, NÚM. 118, NOVIEMBRE-DICIEMBRE DE 2005

Corrección GRACIA FRANCÉS SÁNCHEZ

Impresión Reproducciones y Materiales, S.A de C.V.

Formación Logos Editores

Diseño de portada EZEQUIEL DE LA ROSA

ISSN 0186-3924

Certificados de licitud, núm. 11152 y de contenido, núm. 7781, expedidos por la Comisión Calificadora de Publicaciones y Revistas Ilustradas el 15 de mayo de 2000; núm. de reserva 04-1999-112513491900-102.

El Colegio de México felicita a los miembros de su comunidad que obtuvieron durante el año pasado una distinción especial, reconocimientos que ratifican el compromiso de esta institución con el servicio público y la excelencia académica, a la que consideramos el mejor camino para el engrandecimiento del país

- El profesor Sergio Aguayo, del Centro del Estudios Internacionales, fue seleccionado por la Universidad de Washington, D. C., para inaugurar la Primera Conferencia Magistral Ion Ratiu, creada para reconocer a quienes han dedicado su trabajo a la promoción de la democracia.
- El Ingeniero Gilberto Borja Navarrete, Presidente de nuestro Patronato, obtuvo la "Medalla Belisario Domínguez", del Senado de la República, y el Premio Nacional de Ingeniería Civil.
- El profesor Ángel Calderón Madrid, del Centro de Estudios Económicos, recibió el Premio Víctor L. Urquidi, por el trabajo "Assessing heterogeneity of plant responses to trade liberalization in Mexico: productivity, job creation and destruction and survival of manu-facturig plants in NAFTA".
- El profesor Fernando Cortés, del Centro de Estudios Sociológicos, recibió la distinción de profesor emérito de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales.
- El profesor Gerardo Esquivel Hernández, del Centro de Estudios Económicos, recibió el Premio de investigación en el área de Ciencias Sociales, que otorga la Academia Mexicana de Ciencias.
- La profesora Pilar Gonzalbo, del Centro de Estudios Históricos, recibió el Premio Antonio García Cubas por la mejor publicación en la categoría Científica, por la obra *Historia de la vida cotidiana en México*, volmenes I y II, editada por el Fondo de Cultura Económica.
- La profesora Clara Lida, del Centro de Estudios Históricos, fue galardonada con la Encomienda al Mérito Civil que otorga el Rey de España.
- Carlos Monsiváis, coautor de nuestra *Historia General de México*, obtuvo el "Premio Nacional de Lingüística y Literatura".
- Tomás Segovia, colaborador del Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios, recibió el Premio Juan Rulfo que otorga la Universidad de Guadalajara.
- El profesor Bernardo Sepúlveda, del Centro de Estudios Internacionales, fue electo Juez de la Corte Internacional de Justicia.
- El profesor Rodolfo Stavenhagen, del Centro de Estudios Sociológicos, recibió una "Mención Especial" en el marco del Premio Bartolomé de Las Casas, por sus trabajos en favor de los derechos de los indígenas y por su labor al frente de la Relatoría Especial de las Naciones Unidas
- El profesor Víctor L. Urquidi, profesor emérito de El Colegio, recibió, *post mortem*, el doctorado **Honoris Causa** de la Universidad de Guadalajara.
- El profesor Guillermo Zermeño Padilla, del Centro de Estudios Históricos, obtuvo la medalla "Federico Solórzano Barrueto" que otorga el Centro Universitario en Ciencias Sociales y Humanidades de la Universidad de Guadalajara.
- Claudia Marcela Acosta Mora, egresada de la Maestría en Estudios Urbanos, recibió el Premio "Gustavo Cabrera", por su tesis "Participación el Plusvalías: condiciones jurídicas para su implementación".
- Tabaré Fernández Aguerre, egresado del Doctorado en Sociología, obtuvo el premio a la mejor tesis de "Doctorado en Ciencias Sociales y Humanidades", que otorga la Academia Mexicana de Ciencias, por su tesis "Distribución del conocimiento escolar: clases sociales, escuelas y sistema educativo en América Latina".
- Laura Flamand, egresada de la licenciatura en Política y Administración Pública, ganó una beca de las ocho que otorga el Wilson Center a investigadores jóvenes que estudien la democracia en América Latina.
- María de los Ángeles Mascott Sánchez, egresada de la licenciatura en Relaciones Internacionales recibió mención honorífica por la mejor tesis en Asuntos Electorales que otorga la Sociedad Mexicana de Estudios Electorales.
- Alejandro de Oto, egresado del Doctorado en Estudios de Asia y África, recibió el Premio "Frantz Fanon Prize for Outstanding Book and Caribbean Thought", por su tesis *Frantz Fanon. Política y poética del sujeto poscolonial*.
- José Antonio Serrano Ortega, egresado del Doctorado en Historia, obtuvo el Premio de Investigación en el Área de Humanidades que otorga la Academia Mexicana de Ciencias.

*Bases para un México próspero y justo**

Agradezco profundamente por el inmenso honor que me ha conferido el Senado de la república al otorgarme la Medalla Belisario Domínguez. Sin duda, éste es el reconocimiento más importante de mi vida. Me conmueve recibir esta distinción de manos del presidente de México, en este recinto republicano, frente a los representantes de los Poderes de la Unión y al rector de la Universidad Nacional, a la que debo la formación y los principios que han orientado mis tareas.

Aprendí a asociar la figura de Belisario Domínguez con Chiapas, lo hago hace más de medio siglo, desde la construcción del puente que lleva su nombre sobre el Río Grijalva. Después tuve la suerte de conocer más de ese Estado al participar en obras como la presa Chicosén, el gasoducto Cactus-Reynosa y la carretera fronteriza del Sur.

Como a todos quienes visitan Chiapas, me impresionaron su geografía y su naturaleza, la rica diversidad cultural de sus comunidades, y el dramático contraste entre su potencial productivo y la persistencia de pobreza y marginación. En Chiapas aprendí a apreciar la enseñanza humanista y moral de fray Bartolomé de las Casas y don Belisario Domínguez. Del primero, su valentía para defender a los más necesitados aun enfrentándose al poder y los privilegios; del segundo, su sacrificio en aras de la rectitud, la congruencia y el patriotismo.

Creo que en el México de hoy, muchos de los valores que encarnó Belisario Domínguez tienen una plena vigencia y debieran tener una observancia más amplia y cabal. La

rectitud inalterable como norma de vida; la congruencia entre el pensamiento y la acción, entre la convicción, el decir y el hacer; y, sobre todo, el patriotismo. Acaso la mayor lección de aquel médico chiapaneco, legislador y mártir de la libertad, sea su amor a la patria.

Amor a la patria, no como un sentimentalismo romántico y caduco, sino como la convicción que pone al país siempre por encima de uno mismo, del interés de grupo y del provecho inmediato. Amor a la patria no como retórica agotada y ajena, sino como la inspiración que guía las actividades y la conducta de cada día, bien sea en la esfera privada, pública, familiar, social. Amor a la patria no como alarido estruendoso, impulsivo y fugaz, sino como el aliento que nos lleva a conducirnos invariablemente con un sentido de responsabilidad nacional.

Ante los desafíos que enfrenta México en este siglo XXI, no podemos dejar de lado ese sentido de responsabilidad nacional. Ese sentido de responsabilidad nacional debiese impregnar nuestra vida pública y productiva para hacer las transformaciones políticas y económicas que necesita



* Discurso pronunciado en la ceremonia de entrega de la medalla Belisario Domínguez.



México. Ese sentido de responsabilidad nacional debiese animar el ejercicio de nuestras libertades y nuestras iniciativas para sentar las bases de un México próspero y justo. Ese sentido de responsabilidad nacional debiese prevalecer siempre para que todos trabajemos más por las próximas generaciones en vez de pensar sólo en las próximas elecciones —algo que mucho se dice pero poco se hace.

En una palabra, hoy el amor a la patria, el patriotismo, no puede ser la curiosa virtud de unos cuantos. Es una necesidad ineludible de México y de los mexicanos. Y como tal, puede y debe ser la fuerza que nos mueva a todos, todo el tiempo, en todos los ámbitos de la vida nacional. Creo que ésa es la lección vigente e imperiosa de don Belisario Domínguez: su sacrificio revela ante todo, que pensó en el futuro de México. Pensemos siempre en el porvenir de nuestro país.

Chiapas, la tierra de Belisario Domínguez, vive hoy, al igual que otras entidades de la Federación, días de desolación. Esta nueva tragedia subraya la insuficiencia de nuestro desarrollo, la desigualdad que nos agobia y las condiciones precarias y de riesgo extremo en que viven comunidades enteras, las más pobres de México.

Todos los mexicanos reconocemos el afán con que el presidente de la República ha procurado atender personalmente a los damnificados. Y sin embargo, esta nueva tragedia vuelve a poner el acento en algo imperdonable: nuestra falta de prevención.

Hace apenas unas semanas, al recordar los sismos de 1985, se ponía de relieve cómo se ha ido perdiendo entre nosotros el impulso a la prevención. Fenómenos como los sismos no son previsibles, pero sus secuelas de destrucción, dolor y muerte sí pueden ser prevenidas para reducir al mínimos los daños y controlar sus efectos. En cambio,

fenómenos como los huracanes y las tormentas tropicales permiten cierto margen de pronóstico. Y además, así como sabemos que muchas zonas del país tienen un subsuelo sísmico, así también sabemos que en el sureste suelen producirse fenómenos como el que acaba de devastar vidas, familias, poblados enteros.

Estos fenómenos se repetirán. Y no podemos seguir reaccionando únicamente después de que han ocurrido para auxiliar a las víctimas, salvar lo que se pueda, reconstruir una y otra vez lo perdido. Como ingeniero, como constructor y como mexicano, creo que nuestra actuación debe estar más allá del socorro. Debemos prevenir y ello implica que debemos planear.

En Chiapas, en los Estados afectados y en toda la república, podemos planear programas y acciones, construir la infraestructura para anticiparnos a estos fenómenos y desplegar con antelación mecanismos muchos más eficaces que los que hoy utilizamos; he insistido en diversos foros, y hoy nuevamente lo hago, en que la planeación debe volver al centro de nuestra actividad pública y privada. La planeación debe volver a ser una palanca indispensable del desarrollo que merece México. Una planeación técnicamente impecable, económicamente viable, y socialmente realizable. Una planeación que trace el futuro con el que nos identifiquemos todos y que nos haga trabajar a todos a brazo partido.

Como ciudadano, quisiera hacer una respetuosa invitación a los partidos políticos y a los candidatos que contendrán en las elecciones de 2006. En sus plataformas políticas, en sus programas de acción, en sus campañas, expliquen con claridad y rigor qué proponen hacer y cómo lo harían. Ojalá y los medios de comunicación privilegien las propuestas y no los denuestos. Ojalá y los líderes de opinión prefieran el análisis que la anécdota. Si desde ahora se nos ofrecen planes y programas bien fundados y bien examinados en vez de insultos y descalificaciones, se estará ayudado a los electores, a la calidad de la contienda y a la salud de nuestra vida política.

Estoy seguro de que toda la ciudadanía y en especial los jóvenes, hoy tan alejados de los asuntos públicos, agradecerán ese esfuerzo político y corresponderán con más participación y renovado entusiasmo. Los mexicanos no somos de los que bajan los brazos, ni ante los más duros desafíos. Entre muchas otras razones, por eso me siento orgulloso de ser mexicano. Y por eso también, este honor con que hoy se me distingue, esta medalla que hoy se me impone, es un aliciente para seguir dedicando mi vida a trabajar por México.☪

Una distinción para el país*

Extendiendo una cordial felicitación al estimado colega y maestro Bernardo Sepúlveda, por haber sido elegido juez del más alto tribunal de justicia del mundo: la Corte Internacional de la Haya. Aprovecho también la distinción recibida para hacerle un reconocimiento público por su ya larga carrera como profesor del Centro de Estudios Internacionales.

Esto es algo que le debemos desde hacía mucho tiempo. El profesor Sepúlveda se ha distinguido, desde su llegada a la institución en 1967, por su seriedad como maestro y su fácil comunicación con los alumnos. Pero, sobre todo, por su alta calificación para impartir los cursos de Derecho Internacional Público y Organismos Internacionales. El profesor Sepúlveda se ha mantenido siempre fiel a sus clases a pesar de los altos cargos que ha ocupado en su carrera profesional. Además, se ha involucrado a fondo con nuestro centro de estudios. Sepúlveda es uno de los nuestros y por ello nos sentimos tan orgullosos de su elección como juez internacional.

El profesor Sepúlveda ha sido también un productivo investigador, como lo demuestran sus múltiples publicaciones. Su interés ha sido amplio y diverso. Los estudios publicados abarcan desde el derecho internacional y los organismos internacionales, hasta la política exterior de México y las inversiones extranjeras; desde la política internacional y las relaciones de México con Estados Unidos, hasta el derecho del mar. Además, publicó una bibliografía comentada sobre política exterior que fue muy bien recibida en su momento y que continúa siendo una herramien-

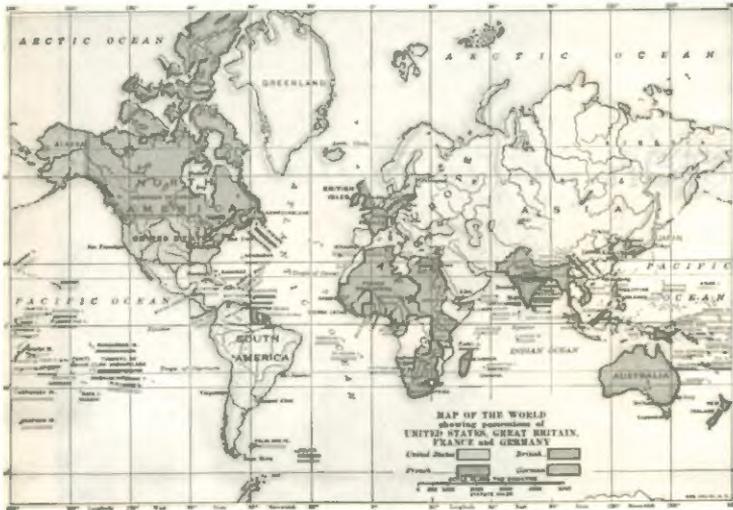
ta útil para el investigador. Ha sido miembro del Consejo Editorial de nuestra revista *Foro Internacional*, así como asiduo colaborador.

En el Colegio de México, el profesor Sepúlveda fue también Coordinador de Estudios de la Integración Europea, entre 1994 y 1996. Este programa se estableció en la institución a petición de la propia Unión Europea y fue el primero en su género en impartirse en México. En vista de todo lo anterior, se podría decir que el lado académico de la carrera de Sepúlveda ha sido singularmente rico en experiencias.

Conocí al profesor Sepúlveda en los años sesenta, a su regreso de la prestigiada Universidad de Cambridge. Yo era en ese tiempo director del Centro de Estudios Internacionales. Daniel Cosío Villegas, quien había sido presidente de El Colegio de México y fundador del Centro de Estudios Internacionales, me sugirió entrevistarle con miras a su posible colaboración con nosotros. Sepúlveda encajaba perfectamente en los planes del Centro, pues necesitábamos un jurista que redondeara la preparación del grupo de profesores y se encargara de los cursos de contenido jurídico. Me entrevisté con Sepúlveda y quedé con una muy buena impresión, tanto por su carácter como por su alta calificación. Al final de la entrevista, me dejó una copia de su tesis sobre la seguridad colectiva en el sistema interamericano, la cual empecé a leer de inmediato.

Poco después me llamó por teléfono Jorge Castañeda padre, quien en ese tiempo ocupaba un alto puesto en la Secretaría de Relaciones Exteriores y me dijo más o menos así: "Profesor Ojeda, lo llamo en relación con este muchacho Sepúlveda. ¿Qué le parece?" Muy bien, le contesté. Y continuó: "A mí me parece de primera. No hay que dejarlo ir. Le propongo que lo contratemos al alimón". Por

* Discurso presentado en El Colegio de México, en el acto dedicado a las Naciones Unidas.



suerte conocía yo el significado de esa palabreja y por ello pudimos cerrar el trato de inmediato. Procedimos en consecuencia a contratarlo al alimón: medio tiempo en El Colegio y el otro medio en Relaciones. Fue así como felizmente llegó el profesor Sepúlveda a nuestro centro de estudios.

El año anterior a la llegada de Sepúlveda, se había creado en el Centro el Seminario de Política Exterior de México. Este programa estaba diseñado para estudiar el tema en forma colectiva, mediante la asignación de estudios de caso y la discusión en grupo. El seminario lo coordinaba justamente Jorge Castañeda padre. Nos reuníamos para trabajar en grupo los sábados por la mañana en El Colegio y después nos íbamos a comer, de suerte que la discusión del seminario continuaba, aunque con menor formalidad. Sepúlveda se acopló muy bien con el grupo que, además de Castañeda, estaba formado por Olga Pellicer, Rosario Green, Ricardo Valero, Francisco Correa, Víctor Urquidí ocasionalmente y yo mismo.

Castañeda padre fue para todos nosotros una especie de maestro informal, en el sentido de que no se trataba estrictamente de una clase curricular, sino de un seminario de trabajo. Pero lo fue más para Sepúlveda, puesto que trabajaba con él en la Secretaría de Relaciones. Me atrevo a decir que Sepúlveda fue el heredero principal de la sabiduría de Castañeda. Pienso no sólo en su sabiduría como estudioso de la política y el derecho internacionales, sino también como diplomático. En lo primero ambos coinciden por su seriedad, profundidad y realismo; en lo segundo por su ortodoxia, prudencia y sobriedad.

Sepúlveda fue secretario de Relaciones Exteriores en el gobierno de Miguel de la Madrid, entre 1982 y 1988. Duró en su cargo todo el sexenio, algo difícil de encontrar en el México de los últimos tiempos. Su mandato duró de hecho, más tiempo todavía, pues había sido nombrado con anterioridad embajador en Estados Unidos. Esto ocurrió a finales del sexenio anterior. El nombramiento en Washington le permitió foguearse en los asuntos internacionales de México desde antes de su llegada a Relaciones Exteriores como secretario. Fue una especie de periodo de transición respecto al gobierno anterior, que permitió heredar el control de los asuntos en forma gradual.

Antes de la llegada al poder de Miguel de la Madrid, en los años setenta, había surgido en México la tesis de que el aislacionismo tradicional de la política exterior era perjudicial al país. México disminuía la capacidad de defensa de sus propios intereses nacionales, al abstenerse de participar en la toma de decisiones en el ámbito internacional.

Ante este panorama, Luis Echeverría inauguró un periodo de política exterior participativa: lanzó el proyecto de Carta de derechos y deberes económicos de los Estados en defensa de los países en desarrollo. Así fue que auspició una política de fomento a los intereses del llamado Tercer Mundo. Y así fue también que se involucró en el apoyo al gobierno de Salvador Allende en Chile.

Un sexenio más tarde, José López Portillo siguió la nueva tendencia y decidió apoyar la revolución sandinista con el fin de evitar su radicalización y el estallido de un conflicto generalizado en la región centroamericana. El apoyo a la revolución sandinista no fue solamente





político, sino también económico, lo que constituyó una novedad. Para ello, López Portillo se valió de recursos petroleros recién descubiertos en una época de bonanza de los precios del crudo.

Miguel de la Madrid continuó con esa nueva práctica de participación activa e involucró a México en la búsqueda de la paz en Centroamérica. Esta vez hubo otra innovación: México se asoció con países latinoamericanos para conseguir la paz en la región. Así fue como nació el llamado Grupo Contadora, formado por Colombia, Panamá, Venezuela y México, que adoptó el nombre de una isla adyacente a la costa panameña. Sepúlveda fue el arquitecto de Contadora. En esta tarea contó con la colaboración de un antiguo colega del seminario de política exterior de México, Ricardo Valero, quien se desempeñaba como subsecretario.

El gobierno de Miguel de la Madrid terminó antes de que se firmara la paz en Centroamérica. Sin embargo, no

cabe duda que Contadora contribuyó notablemente a la paz en Centroamérica: ayudó a evitar el desbordamiento del conflicto hacia toda la región, pues proporcionó un marco que propició un clima político de moderación. Más importante aun fue que Contadora constituyó un muro de contención que inhibió la intervención directa de Estados Unidos y Unión Soviética en los conflictos.

Todo esto logró Contadora sin tener amplios recursos económicos, pues el desplome de los precios del petróleo en noviembre de 1986, mermó en forma significativa los ingresos de Venezuela y de México. En el caso particular de México, hay que añadir que los terremotos en la ciudad capital de 1985, drenaron grandes recursos del erario federal.

Todo lo que he relatado hasta ahora constituye un rico bagaje en el historial de Sepúlveda. Sin embargo, los mayores méritos para haber sido elegido juez de la Corte Internacional, parecen encontrarse más bien en otras facetas de su carrera profesional. Su experiencia como estudioso y practicante del derecho internacional fueron, sin duda, clave para ello.

A este respecto se puede decir que Sepúlveda es miembro del Consejo de Redacción del *Anuario de Derecho Internacional* del Instituto de Investigaciones Jurídicas de la UNAM; también lo es del Consejo Rector de Transparencia Mexicana y del Consejo Mexicano de Asuntos Internacionales.

Ha sido miembro del Comité Ejecutivo de la American Society of International Law; profesor del seminario de problemas jurídicos internacionales en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM y conferencista para la Academia de Derecho Internacional de La Haya.

Por otra parte y más importante aún, es miembro de la Comisión de Derecho Internacional de la ONU; ha participado, en los últimos años en arbitrajes diversos tanto de carácter nacional como internacional; y ha sido juez *ad hoc* de la Corte Internacional de Justicia de La Haya.

Uno de los éxitos más mencionados de Sepúlveda, en el desempeño de esta última responsabilidad, es haber logrado que la Corte Internacional resolviera que Estados Unidos debía revisar los juicios de reos mexicanos condenados a muerte sin el recurso de los servicios consulares.

Antes de terminar, debo decir algo que considero pertinente: esta distinción internacional becha a Sepúlveda debe verse también como una distinción al país. En consecuencia, el éxito de nuestro colega tiene un doble valor: personal y nacional. ☞

México antes y después de la alternancia política

El libro *México antes y después de la alternancia política*, surgió de una ponencia que se presentó en un coloquio internacional de historia sobre la Revolución Mexicana, desde la perspectiva del siglo XXI. Según nos dice Mario Ojeda: “conforme me fui adentrando en el tema, caí en la cuenta de que estaba pasando revista a mi propia vida y de que el texto que estaba preparando era más bien mi propio testimonio de lo sucedido en México a lo largo de ella”.

El autor, entusiasmado, con la idea de convertir la ponencia en un libro, sus preocupaciones lo impulsaron a seguir escribiendo sobre el tema, dada la importancia que tiene la variable internacional en la alternancia política en México.

Analiza cómo se dio la alternancia de manera tersa y tranquila, sin incidentes armados ni manifestaciones, mítines, bloqueos de carreteras ni actos de sabotaje, señala dos medidas adoptadas por el presidente Ernesto Zedillo que coadyuvaron a la tersura del cambio: el “blindaje” de la economía y la creación de un gabinete de transición.

Ante ese panorama el mundo occidental saludó a México como la nueva democracia, y los medios de comunicación internacionales se volcaron en elogios. Desafortunadamente, esa euforia inicial cambió poco tiempo después, debido a los acontecimientos del 11 de septiembre de 2001 y para 2003 prácticamente se había olvidado el tema.

La primera parte del libro termina con un capítulo sobre las distintas visiones que se han dado de la Revolución Mexicana, tanto por estudiosos del tema como por los propios actores políticos.



En la segunda parte, se aborda el tema que originó el trabajo, el autor hace un balance de los gobiernos revolucionarios, en el que destacan los aspectos políticos que acompañaron el cambio; en lo fundamental: la permanencia de un mismo grupo en el poder, la estabilidad política y la paz social, la gobernabilidad llevada al autoritarismo y una corrupción cada vez más abierta.

Al desarrollo político, resumido de manera sólida por el autor, correspondió una postura frente al escenario internacional que se tradujo en lo que conocemos como la doctrina

mexicana en materia de política internacional, cuyo rasgo más destacado fue la defensa, a ultranza, de la soberanía, la cual correspondía a los intereses de un país que se había parapetado tras un acentuado proteccionismo.

El desarrollo económico, apoyado en el proteccionismo, tuvo mayor aceleración cuando Estados Unidos intervino en la segunda guerra mundial, y el impulso a dicho desarrollo se mantuvo durante casi 40 años. La pérdida de dinamismo de la economía condujo, a partir de la administración de Miguel de la Madrid, a una serie de transformaciones, la más importante fue, sin duda alguna, la apertura económica del país, que abrió la puerta a la influencia externa cada vez mayor, la cual, a su vez, favoreció la alternancia política.

Esta apertura tuvo uno de sus momentos clave y críticos con la firma del Tratado de Libre Comercio de América del Norte, y una especie de culminación política al suscribirse el Tratado de Libre Comercio con la Unión Europea, en el cual se incluyó un clausulado que comprometía a México a seguir un comportamiento definitivamente democrático.

Lo anterior da sustento a lo que, a mi entender, son las dos hipótesis relevantes del libro de Mario Ojeda: primera, Vicente Fox no es el constructor, sino producto de la alternancia que, en buena medida, se gestó en las relaciones de México con el exterior; segunda, en esa gestación el expresidente Zedillo entendió el mensaje externo que juzgaba al PRI como anacronismo y lo obligaba a generar las condiciones para el triunfo de la oposición.

Aunque el autor no lo exprese, se puede pensar que en los orígenes externos de nuestra alternancia se encuentran las claves para explicar las evidentes fallas de conducción interna que han impedido a Vicente Fox hacer un aporte significativo a la consolidación del proceso democrático nacional.

Con modestia, Ojeda advierte que se trata de un trabajo “sin mayores pretensiones teóricas. Es simplemente un recuento de lo que he visto en la vida y de cómo lo he visto”. De esta manera encontramos que el libro es como una gran charla en la que rememora sus vivencias.

En el capítulo inicial, se reseñan los cambios profundos ocurridos en la nación a partir de 1929, con la fundación del Partido Nacional Revolucionario, entre cuyos componentes destacan: el acelerado crecimiento demográfico y el envejecimiento de la población, el tránsito de la sociedad de predominantemente rural a urbana, el establecimiento del predominio económico de la industria y los servicios, la superación del analfabetismo y la generación, incluso aceleración de las corrientes migratorias internas y externas.

La apertura económica de México ha contribuido a modificar su sociedad, así como las reformas constitucionales de 1992 en materia religiosa. Las sucesivas reformas electorales y el surgimiento de nuevos actores sociales han sido muy importantes para la transformación del país; sin embargo, el cambio mayor fue haber transitado de una filosofía oficial que ponía énfasis en lo público a otra que lo hacía en lo privado; de la economía mixta a la privada, de la educación pública a la privada y así en todos los aspectos.

Ojeda señala cómo la influencia internacional contribuyó a que se diera la alternancia. Asimismo, recuerda cómo el fin de la guerra fría provocó el surgimiento de una nueva agenda internacional con los temas del liberalismo económico, la democracia, los derechos humanos, entre otros. En esta nueva realidad, el sistema de gobierno de partido hegemónico dejó de ser funcional para los intereses de los países occidentales, al contrario, obstaculizó la modernización de México y su plena incorporación, por un lado, a la globalización económica y, por el otro, a la comunidad de países democráticos.

En la última parte de este estudio, con una visión a futuro, Mario Ojeda señala cuatro grandes desafíos para nuestra democracia con presencia constante en la agenda internacional:

- seguridad pública;
- derechos humanos;
- protección al medio ambiente,
- y organizaciones no gubernamentales.

Lo anterior, de alguna manera, no es sino la continuación e intensificación de la influencia externa sobre el desarrollo político mexicano.

México antes y después de la alternancia política es una obra de suma importancia porque:

- La riqueza de la información que contiene, no obstante su brevedad. En sólo 58 páginas tenemos un repaso de los momentos más destacados por los que pasaron los regímenes emanados de la Revolución y de los actores que tomaron parte.
- Su lenguaje directo facilita la lectura. Pocas descripciones del cambio y frases tan certeras como ésta con la que concluye el primer capítulo: “cuando surgió Fox ya estaba la mesa puesta para un nuevo comensal. El recién llegado se presentó vestido de vaquero texano, algo inconcebible diez años atrás. Se había cerrado el círculo: México había acogido lo privado y la globalización y abandonado lo público y el nacionalismo”.
- Toma una posición clara en los temas que aborda. Al referirse a las organizaciones no gubernamentales, Ojeda dice: “han proliferado en exceso y han sustituido muchas de las acciones de las Naciones Unidas. Por otra parte [algunas] van por el mundo condenando gobiernos como modernas inquisiciones [...] porque ya se dieron cuenta de que éste es un buen negocio, ya que pueden obtener con ello fondos internacionales”.
- Da cuenta de un nacionalismo realista que contrasta con el panorama actual, concluye que “los criterios para evaluar a un país o a un gobierno, desde el punto de vista político, social y económico, cambian con el tiempo [por ello] juzgar a la Revolución Mexicana [y sus resultados, añadiría yo] con los ojos de hoy, puede resultar además de desorientador, injusto”.

Al terminar la lectura del libro tuve presente las palabras de Mario Ojeda sobre su trabajo: “es simplemente el recuento de lo que he visto en la vida y de cómo lo he visto”. Parfraseando a Marguerite Yourcenar puedo decir que el autor lo ha hecho con los ojos abiertos, muy abiertos. ☾

Sujetos de la modernidad*

Hace diez años me mudé desde India para unirme a la planta académica del Centro de Estudios de Asia y África de El Colegio de México. Pronto advertí que en el Centro, entre los estudiantes y profesores, India (o Camboya o Congo) frecuentemente se concebía como algo innatamente diferente, demasiado distante. Esa diferencia y distancia eran articuladas por dualidades persistentes del Oeste y el Oriente. Aquí, Latinoamérica se posicionaba, incómodamente pero dispuesta, como parte de *el Occidente*. Esto era así no sólo en el Centro donde trabajo, sino característico de las opiniones académicas y concepciones cotidianas del mundo latinoamericano. Por un lado, Asia y África cristalizaban maravillosas diferencias respecto a Occidente, el sello del encantamiento, “algo bello”. Por otra parte, encarnaban la distancia contaminada respecto a Occidente, el signo del atraso, “algo feo”. Entonces, comencé a preguntarme: ¿Compartían algo estas imágenes de Asia y África con las representaciones diseminadas del indio y del primitivo en Latinoamérica? ¿Había algo en común entre estas concepciones de Asia y África y los muchos retratos antropológicos del salvaje y del nativo? En todo caso, ¿descansaban esas disposiciones inseparables de “algo feo” y “algo bello” en oposiciones jerárquicas de una modernidad exclusiva, una modernidad singular que no era sino de Occidente? Esas oposiciones jerárquicas, ¿no dividían acaso los mundos sociales en espacios encantados y lugares modernos, mientras los mantenían juntos en la trayectoria exclusiva de una historia universal? Como

parte de la elaboración de estas preguntas y de la exploración de sus respuestas es que señalo estos sujetos de la modernidad.

Esta plática tiene cinco partes. Primero, trataré de delinear la presencia contradictoria del tiempo y de la temporalidad en el conocimiento antropológico. Segundo, discutiré cómo esas configuraciones del tiempo están vinculadas con las oposiciones jerárquicas de la modernidad. Tercero, sugeriré que las jerarquías y las oposiciones del conocimiento antropológico y cultural moderno revelan también sus tensiones y ambivalencias. Cuarto, propondré que las contradicciones, controversias y contingencias son caracterís-

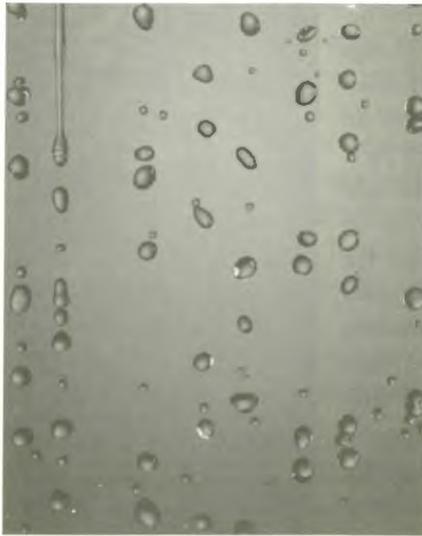


* Texto leído en la conferencia magistral/plenaria impartido en el XI Congreso de Antropología en Colombia, Santa Fe de Antioquia, agosto de 2005.

ticas de la modernidad y sus sujetos. Finalmente, con base en lo discutido, plantearé algunas preguntas clave para la práctica de la antropología actual.

I

Desde hace mucho tiempo, los saberes antropológicos conllevan a variadas disposiciones respecto a los tópicos de la temporalidad y la historia: desde el soslayo adrede y el olvido incómodo, a las ambivalencias y contradicciones constitutivas. Pero el tiempo nunca estuvo ausente de tales disquisiciones. Hoy en día existe un reconocimiento amplio de la violencia epistémica que asistió al nacimiento y al crecimiento de la antropología moderna. Aquí tendríamos que evocar a las secuencias temporales, basadas en los principios evolucionistas y en las presuposiciones racistas, las cuales proyectaron las etapas jerárquicas de las civilizaciones, las sociedades y los pueblos. Al mismo tiempo, merece que nos preguntemos si esta cartografía de culturas y sociedades fue descartada de la formación disciplinar con la emergencia, en la primera mitad del siglo xx, de la antropología científica basada en el trabajo de campo. Por lo menos cuatro puntos son pertinentes aquí. Primero, las aparentes rupturas de la antropología funcionalista con los principios evolucionistas (y difusionistas) sobre la base de procedimientos especulativos, los cuales tuvieron consecuencias más amplias. Fue a partir de allí que la práctica de la etnografía procedió en contradistinción con la escritura de la historia. Segundo, estas tendencias se unen con la influencia de la sociología durkheimiana en la formación de los principios estructural-funcionalistas. Estas consideraciones condujeron a las presuposiciones perdurables de que los órdenes sociales eran mejor comprendidos si se abstraían de sus transformaciones en el tiempo. Esas presuposiciones involucraban oposiciones aulíticas entre “sincronía” y “diacronía”, o “estatismo” y “dinamismo”. Así, en lo concerniente al objeto de



la antropología, la “sincronía” se privilegió sobre la “diacronía” y el “estatismo” sobre el “dinamismo”. Tercero, estos énfasis estaban ligados con las predilecciones antropológicas más amplias por buscar, en las sociedades estudiadas la continuidad y el consenso más que el cambio y el conflicto. Cuarto y último, la ambivalencia hacia las dimensiones temporales de la estructura y la cultura dentro de la disciplina estaba fundada, implícitamente, en las amplias disyunciones entre las sociedades dinámicas de Occidente basadas en la historia y la razón por un lado, y las culturas no

occidentales, estáticas, mantenidas en su lugar por el mito y el ritual, por otro.

Tales premisas venían a subrayar los protocolos de la antropología de salvamento, funcionalista y estructural funcionalista. Pero también constituían las disposiciones formativas de la empresa etnográfica más amplia. Esto no sólo implica que los procedimientos antropológicos hayan forjado una “tradición” de tendencia atemporal por medio de las técnicas narrativas y de las proyecciones analíticas de un perdurable “presente etnográfico”. Significa también que presunciones externas vinieron a separar de forma tajante el tiempo dinámico de la sociedad del etnógrafo de la temporalidad estática de los objetos antropológicos. A su vez, juntos y en orientaciones antropológicas difundidas, tiempo y transformación entran a la estructura y la cultura nativas por vías exógenas.

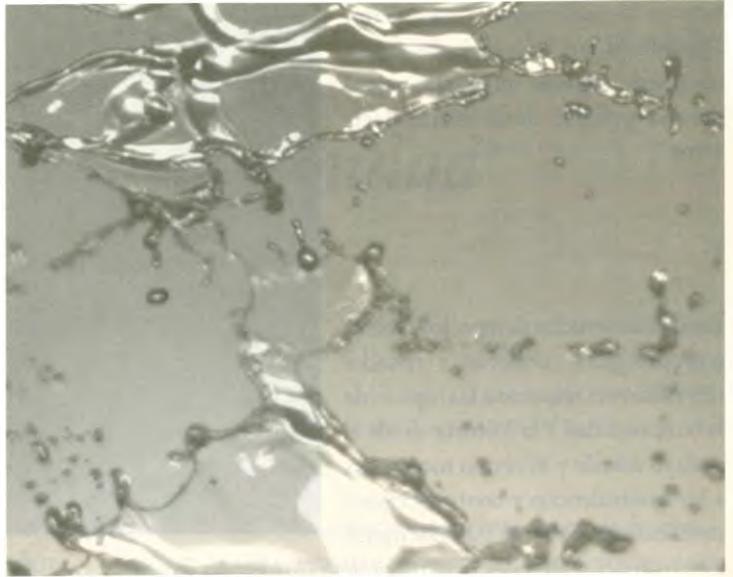
Todo esto trae aparejadas ramificaciones críticas. Johannes Fabian ha ahondado sobre las formas recurrentes en que la indagación antropológica ha construido su objeto como lo otro irremediable, a través de procedimientos que incluyen la temporalidad. Aquí, al objeto etnográfico le es negada la “coetaneidad temporal” con el instante del antropólogo. Esto implica que el sujeto (observador) y el objeto (observado) son separados por un tiempo para habitar temporalidades diferentes: el tiempo dinámico del observador siempre adelante del tiempo estático del observado. Tales fundamentos

han conducido a la disposición persistente del primitivo/nativo en la “cajuela salvaje” (*savage slot*) y en el “nicho nativo” (*native niche*), constitutivos de la antropología. Quiero reiterar, sin embargo, que el tiempo siempre ha sido parte integral de esos esquemas, pero éstos han mostrado a la tarea etnográfica y a su objeto de estudio como si estuvieran fuera del tiempo. Por un lado, las dimensiones temporales de la propia escritura antropológica han sido desdibujadas a través de su elisión tanto con el tiempo del sujeto moderno (dado por sentado), como con el tiempo objetivo del conocimiento científico. Por otro lado, la temporalidad de los otros antropológicos –su tiempo o atemporalidad– sólo podrían emerger como externos a –y rezagados detrás de– el tiempo de la “grafía”, de la escritura de la etnografía.

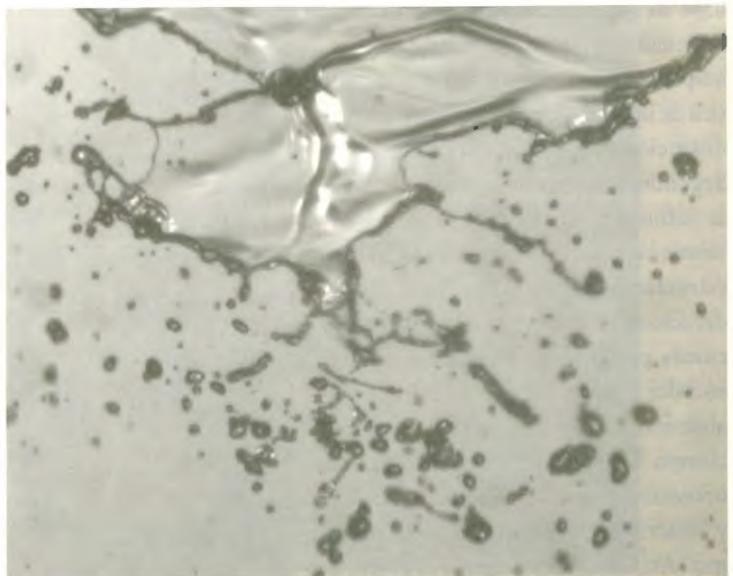
Con esto no estoy negando que tales esquemas hayan sido el seno de controversias y contradicciones, excesos y excepciones dentro de la disciplina. Sobre estas cuestiones volveré más adelante. Pero el punto más inmediato que se debe rescatar es que las presuposiciones, las predilecciones y los procedimientos constitutivos que conciernen al tiempo en la empresa etnográfica, requieren que nos detengamos más, puesto que prolongan consideraciones puramente disciplinarias hacia los mundos cotidianos. De hecho, tales procedimientos insinúan proyecciones “meta-geográficas”, las cuales registran un intercambio persistente entre las representaciones académicas y las aprehensiones cotidianas, saltando de una hacia otra. Volcadas al tiempo, tales proyecciones recurren a visiones progresistas de la historia, las cuales toman formas tanto académicas como cotidianas. De manera autorizada aunque ambigua, éstas dividen los mundos sociales entre los terrenos encantados de la tradición y los dominios desencantados de la modernidad.

II

De hecho, lo que está en juego aquí es nada menos que el ordenamiento jerárquico del tiempo y el espacio elaborado bajo la modernidad. Consideremos la manera en que modelos de historia y patrones de cultura han sido entendidos en el pasado y en el presente, a través de oposiciones



formidables entre comunidades encantadas y sociedades modernas. En primera instancia, la dualidad podría parecer poco más que un soporte ideológico de la teoría de la modernización, contraponiendo la tradición (generalmente no occidental) con la modernidad (preponderantemente occidental). Pero la oposición tiene implicaciones más amplias y sostenes más profundos. La dualidad ha incentivado y articulado otras oposiciones perdurables, como las que existen entre ritual y racionalidad, mito e historia, comunidad y estado, lo mágico y lo moderno, emoción y razón. De hecho, las oposiciones son un legado persistente de la idea del desarrollo de una historia universal, natural;



y son también una representación sobredimensionada de una modernidad exclusiva, Occidental. No debe sorprendernos que esas antinomias hayan encontrado expresiones variadas también entre los distintos sujetos que ellas mismas han nombrado y objetivado. Las representaciones que emanan de la Ilustración europea han jugado un papel clave aquí.

Ahora bien, sería apresurado y erróneo entender a la Ilustración de los siglos xvii y xviii como un todo homogéneo. Por ejemplo, en el centro del debate Ilustrado se encuentran las vertientes divergentes del racionalismo en el continente europeo y del empirismo en las islas británicas.

Asimismo, el Iluminismo produjo concepciones diferentes de la historia natural y universal. De hecho, si seguimos los análisis históricos recientes, diversos e importantes, sería más pertinente hablar en plural de *Ilustraciones*. Aquí también encontramos desafíos a los mandatos del racionalismo francés, en la forma de varias *Contra-Ilustraciones*. Al mismo tiempo, el periodo del Iluminismo estuvo acompañado por las ideas y los procesos de secularización del tiempo judeo-cristiano.

Esta secularización fue una idea emergente y consecuente durante la Ilustración; pero a la vez un proceso limitado. En este contexto, esquemas de desarrollo, discretos, pero expansivos, suscribieron los grandes diseños de la historia de la humanidad: desde los argumentos racionalistas de Voltaire y Kant, hasta las concepciones historicistas de Vico y Herder. De hecho, había profundas controversias entre estos esquemas y modelos. Aunque de diferentes maneras cada uno proyectaba diseños del desarrollo de la historia universal. Tales vertientes contrarias y énfasis convergentes, se adosaban al hecho, muchas veces inadvertido, de que la Ilustración fue tan histórica como filosófica, trató tanto de la reescritura de la historia como del replanteo de la filosofía. En este sentido, sus consecuencias fueron limitadas aunque significativas. Por un lado, el tiempo mesiánico y judeo-cristiano no perdió su influencia sobre los mundos sociales durante el siglo xix, ni tampoco después. Por otro lado, hacia la segunda mitad del siglo xix el tiempo secularizado adquirió un aura naturalizada, y el pensamiento en clave desarrollista fue destilado como progreso histórico.

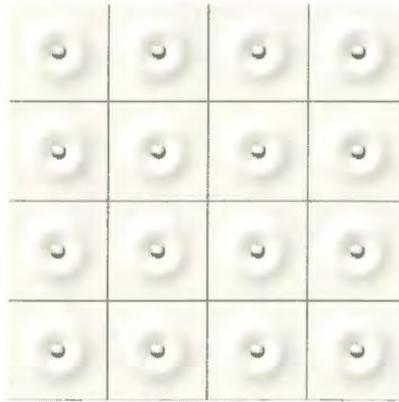
A partir de allí, el tiempo fue configurado de formas jerárquicas para encastrar a los pueblos y a las culturas en el movimiento de la historia, el cual fue proyectado prin-

cialmente como el corredor del progreso. Articulados por las oposiciones *Ur* entre lo primitivo y lo civilizado, en este escenario muchos grupos fueron encallados en la etapa del barbarismo y el salvajismo con pocas posibilidades de avanzar. Otras sociedades habían alcanzado los estadios ascendentes de la civilización, pero carecían de los fundamentos críticos de la razón. Más aún, otros pueblos habían evolucionado hasta los logros más altos de la humanidad a través de las ventajas de la raza y la racionalidad, y las propensiones a la historia y la nacionalidad. De hecho, fue el pasado y el presente de este último grupo, que comprende al pueblo elegido Iluminado y europeo, el

que fue erigido y dispuesto como un espejo válido para todos. En este espejo se podía ver la historia universal del destino humano –un destino representado como grupos y sociedades que habían fracasado antes de, o que se elevaban hacia el escenario de la modernidad.

Para decirlo de manera concisa, la idea de la modernidad implica una ruptura con el pasado. Su historia (*story*) sugiere rupturas con el ritual y con lo mágico, y establece brechas

con el encantamiento y con la tradición. En las narrativas legitimadas, la modernidad cristalizó desde el principio un estatus diferente respecto a los periodos precedentes. Aquí trajo aparejadas, esencialmente, nuevas orientaciones hacia el pasado, el presente y el futuro. Un panorama como éste acarrea sus propias verdades, y presenta a la modernidad en términos idealizados. Para nuestra discusión, es especialmente significativo el hecho de que las representaciones de la modernidad más generalizadas e influyentes, la proyectan como un fenómeno generado exclusivamente en el interior de Occidente. Producida en el interior de un Occidente imaginario, pero palpable, no fue sino hasta tiempo después que se exportó de variadas formas a otras partes de la humanidad. Ahora bien, precisamente este hecho es el que sirvió para pasar por alto las dinámicas con que la raza y la razón, la Ilustración y el imperio, colocaron a la modernidad como historia. Estos procedimientos suponen indicadores destacados en las configuraciones jerárquicas del tiempo y el espacio. Explícita e implícitamente, estos indicadores conllevan dos operaciones simultáneas: resaltando a Occidente como la modernidad, igualmente representan a la modernidad como el Occidente.



La idea de modernidad como una ruptura con el pasado descansa en la imaginación de las propias rupturas dentro de la historia Occidental. Pero una idea tal no evita ponderar también la importancia de las disyunciones de Occidente con los mundos no occidentales, ya sean implícitas o explícitas. Por un lado,

el corte definido por la modernidad como el nuevo comienzo es desplazado hacia el pasado, “precisamente hacia el comienzo de los tiempos modernos” en Europa. Y este quiebre es a la vez un horizonte formativo y un pasado que retrocede. De hecho, es adelante de este umbral que se ve al presente como renovado, en vitalidad y novedad bajo la modernidad. Por otro lado, exactamente cuando se privilegia al presente como el periodo más reciente, dicha novedad y vitalidad son amenazadas por lo “medieval”, lo “supersticioso”, y lo “profético”. Estos espíritus son una presencia antigua y a la vez un horror en curso. Cada intento de contenerlos en el presente conlleva a signarlos como

un atributo del pasado. Me refiero a la manera en que los talibanes y Al-Qaeda son simultáneamente “medievales y coetáneos”. O la forma en que el “indio” es parte de lo encantado y sin embargo, está totalmente presente hoy en día en los dominios de la publicidad.

Lo que sugiero es que los significados, representaciones y acciones que caen fuera de los horizontes del desencantamiento de la modernidad han de ser encastrados como rezagos que quedan detrás de esta nueva etapa. Aquí, las configuraciones espaciales y las mediciones del tiempo, occidentales y no occidentales, se basan en la trayectoria del tiempo, en un eje que pretende ser normativamente neutral, pero que de hecho es profundamente jerárquico. Esto quiere decir que la propia noción de modernidad como una ruptura con el pasado divide a los mundos sociales e históricos en lo encantado y lo moderno, nombrando y alentando luego otras oposiciones como las que existen entre ritual y racionalidad, mito e historia, magia y modernidad, oriente y occidente. De hecho, hay muchos embrollos e implicaciones críticas en la dualidad del pri-

mitivo (o nativo) y el civilizado (o moderno), una oposición constitutiva de la empresa antropológica.

Ahora bien, ¿por qué las antinomias de la modernidad tuvieron que haber jugado un papel importante en la configuración y en la confección de los mundos sociales?



Tales oposiciones emergieron encastradas dentro de proyectos formidables de poder-saber, que descansaban en ideas de modernidad, Ilustración, imperio y nación. Estos proyectos han sido motivados no simplemente “para observar y registrar, sino para registrar y rehacer” el mundo, tal como nos dice Talal Asad. De hecho, a menudo se trató de proyectos concebidos para registrar y rehacer el mundo en una imagen de historia universal y de modernidad occidental. No debiera sorprendernos que las propias oposiciones hayan asumido una autoridad analítica persuasiva y hayan adquirido atributos penetrantes para articular la trayectoria de la modernidad, como un proyec-

to de progreso que se realiza a sí mismo y como la encarnación patente de la historia.

III

Me he referido a la importancia de registrar el lugar de las oposiciones de la modernidad en la modelación de los mundos sociales. Quisiera proponer ahora que es igualmente importante que atendamos a las elaboraciones controvertidas de la separación analítica, ideológica y cotidiana entre las culturas encantadas o tradicionales, y las sociedades desencantadas o modernas. Dichas controversias están presentes en el núcleo del pensamiento posilustrado y en la academia no Occidental, cada uno incluye críticas a Occidente, pasadas y presentes. De hecho, las mismas elaboraciones de las oposiciones jerárquicas de la modernidad han estado imbuidas de valores contradictorios y énfasis contrarios. Específicamente en el conocimiento antropológico, encontraremos ambivalencias, ambigüedades y excesos de

significado y autoridad. Todo esto es palpable en el acto particular de desentrañar tradiciones divergentes de comprensión y explicación en el corazón de la modernidad, entendida como ideología e historia. Me refiero a las tendencias opuestas que han sido descritas como Ilustración y contrailustración, racionalismo e historicismo, analítica y hermenéutica, progresismo y romanticismo. Es preciso descifrar las frecuentes intersecciones de esas tendencias en la práctica intelectual, para entonces trazar las contradicciones, controversias y excesos de los conocimientos modernos. Ésta es una tarea enorme. Aquí, sólo puedo indicar un esbozo, considerando sucintamente a la antropología de Franz Boas.

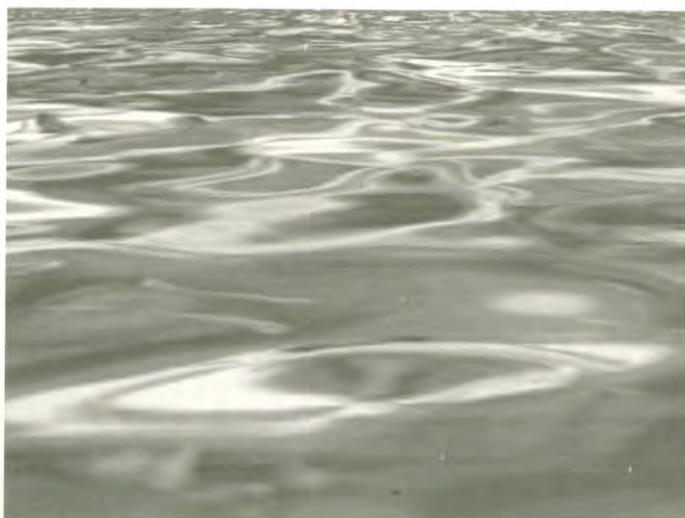
He mencionado ya los presupuestos raciales que subyacen a la antropología evolucionista del siglo XIX tardío y del temprano siglo XX. Mucho antes de que la antropología funcionalista basada en el trabajo de campo rechazara tales presunciones, el desafío disciplinar más importante a estos esquemas fue planteado por Franz Boas, quien nació en Alemania en 1858 y se mudó a Estados Unidos a mediados de la década de 1880, ahí fue profesor por varias décadas en la Universidad de Columbia. Hoy en día, las historias de la antropología suelen rescatar la manera en que Boas construyó un dominio de indagación generalmente libre del determinismo biológico, y así sentar las bases de la concepción disciplinar moderna de la cultura pluralista y relativista. También se reconoce como el particular giro analítico de Boas hacia la diacronía, la historia y lo temporal, trazó una vía generalmente no transitada por la antropología durante la mayor parte del siglo XX. De hecho, la orientación del conocimiento antropológico de Boas suele ser pensada como construida principalmente con base en las tradiciones románticas y hermenéuticas de la ciencia, la filosofía y la historia europeas; en contradistinción con el conocimiento progresista y analítico. Pero no se trata simplemente de celebrar las críticas de Boas a las presuposiciones raciales y evolucionistas, desde la toma de ventaja de nuestro presente. Tampoco sería suficiente enfatizar sólo las aristas románticas de su antropología. De hecho, el pensamiento de Boas se comprende mejor si se le considera en favor de un dualismo entre las tradiciones románticas y progresistas –al mismo tiempo toma a ambas y retiene, a su vez, la tensión entre tales orientaciones opuestas. Encontraremos allí los entrecruzamientos sobresalientes de los esquemas en contienda del co-



nocimiento moderno, mismos que apuntalaron a la antropología de diversa forma.

En el trabajo de Boas, la postura progresista se hacía claramente manifiesta en sus creencias liberales del siglo XIX. Estos valores enfatizaban el conocimiento científico y la libertad individual. Por otro lado, a lo largo de su carrera y a contrapelo de estas posturas optimistas, racionalistas, universales y en defensa del progreso, se encontraba una disposición más pesimista, emocional, particularista y romántica. En este sentido, esa sensibilidad comprendía una tendencia estética que influía en la dis-satisfacción de Boas con la civilización Occidental, y que lo hacía agudamente “consciente del papel de los factores irracionales en la vida humana”.

En general, el pensamiento de Boas deriva su fuerza motriz de la inestable yuxtaposición entre las más amplias tendencias progresistas y románticas, y la casi inevitable





coexistencia de orientaciones racionalistas y universalistas con disposiciones particularistas y emocionales. Nótese los contrastes: Boas mantuvo toda su vida una concepción absoluta y bastante idealizada de la ciencia, que era claramente no contingente; pero a su vez, concede un valor contingente y necesario a grupos culturales específicos. Boas conjuntó de manera singular al progreso humano y al proceso histórico basado en la tecnología, con la civilización Occidental: pero igualmente defendió la “capacidad mental” del “hombre primitivo” para participar plenamente en la “civilización moderna”. Él reconocía el avance racional exclusivamente en la imagen de la civilización Occidental; pero a la vez afirmaba los valores de las culturas no Occidentales estableciendo así “una suerte de punto arquimediano de fuerza” para una crítica a su propia civilización. De acuerdo con la tradición antropológica es-



tablecida, la carrera de Boas tuvo un final dramático. Durante un almuerzo en Nueva York, Boas dijo “tengo una nueva teoría de la cultura...”, y cayó muerto sin terminar la oración. En su muerte como en la vida, y de una manera distintiva, propia, Boas encarnó agudamente no sólo las ambigüedades, sino las ironías de la antropología. Al mismo tiempo, el trabajo de Boas no debe ser visto como mera excepción. De diferentes modos, las intersecciones de disposiciones hermenéuticas con impulsos analíticos han caracterizado al pasado de la disciplina antropológica. Ya he discutido en algún otro momento estas cuestiones en relación con trabajos tan notorios como los del antropólogo británico E. E. Evans-Pritchard y los del sociólogo francés Pierre Bourdieu, especialmente en lo concerniente a sus orientaciones sobre el tiempo y el espacio. También debemos

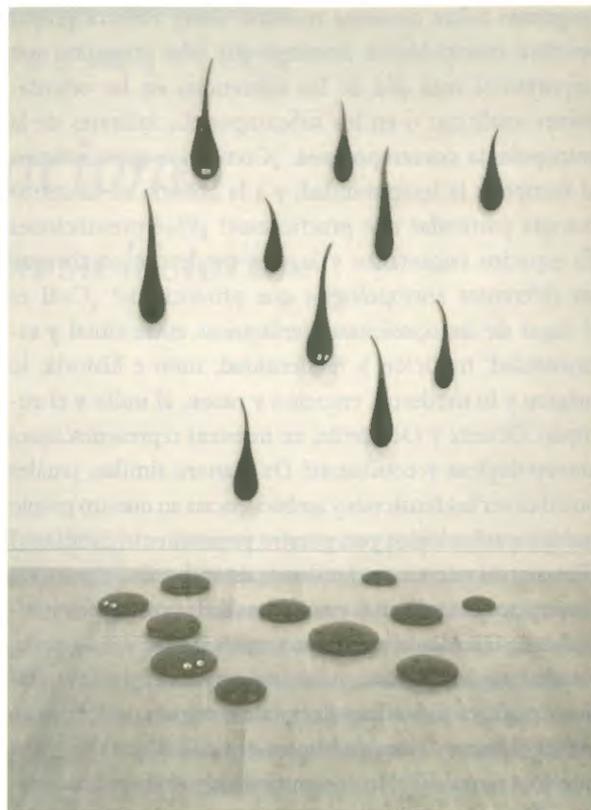
rescatar la combinación de orientaciones historicistas y racionalistas que conforman la historia de la historiografía moderna. El punto más amplio es el siguiente: es crucial considerar las ambivalencias y las ironías, los excesos y las disyunciones, como formativos de la antropología, como modo de conocimiento, no sólo en el pasado, sino también en el presente. Al hacerlo, se hace posible relacionar los términos de la práctica y del pensamiento antropológico con el carácter necesariamente contradictorio, contingente y controversial de la modernidad misma.

IV

La modernidad no sólo es una idea, un ideal, una ideología. Es la articulación simultánea de procesos históricos diferentes. A lo largo de los últimos cinco siglos, la modernidad emergió elaborada dentro de procesos de poder y significación disyuntivos e intersecados, aceptados y refutados. Me refiero a procesos que implican capital y consumo, industria e imperio, naciones y colonias, súbditos y ciudadanos, esferas públicas y espacios privados, religión(es) específica(s) y conocimiento(s) desencantado(s), actos de fe resurgentes y tradiciones deificadas, estados normalizadores y regímenes disciplinarios, encantamientos de la gobernabilidad y la magia de lo moderno. Como la historia, la modernidad no es singular, sino que es accionada en el plural, *las modernidades*. Pero eso no es todo. Porque ya sea que consideremos a la *modernidad* o a las *modernidades*, los procedimientos allí implicados no son unívocos

ni homogéneos. Se refieren más bien a procesos decisivamente variados, contingentes y contradictorios. En realidad, es dentro de tales contingencias y contradicciones que aparecen elaboradas y encastradas las jerarquías, distinciones y producciones constitutivas de la modernidad. De aquí provienen también sus encantamientos perdurables –desde la imagen inmaculada de sus orígenes y finalidades, hasta sus oposiciones persistentes; desde las nuevas mitologías del imperio y la nación hasta la pesada magia del dinero y los mercados. Dicho de otra forma, los términos de la modernidad son recurrentemente articulados, aunque también se presentan como básicamente contradictorios e incluso descentrados de sí mismos.

Cabe resaltar que estos procesos no suceden sin sujeto. Es más, emergen expresados por los sujetos de la modernidad, sujetos que se han comprometido y han elaborado los términos, las estipulaciones y las disciplinas de la modernidad y la historia, o la modernidad-como-historia. Sería completamente inadecuado aquí identificar al *sujeto de la modernidad* con el *sujeto moderno*. ¿Qué quiero decir con esto? Sabemos que las discusiones sobre la modernidad frecuentemente la identifican con un sujeto moderno a menudo masculino, europeo o euroamericano. Por el contrario, al hablar aquí de sujetos de la modernidad, me estoy refiriendo a los actores históricos que han sido participantes activos, ya sea como *sujetos a* los procesos modernos como también *sujetos que dan forma* a los mismos. Por ende, entre estos sujetos de la modernidad se encuentran los subalternos en India e Inglaterra, África colonial y poscolonial, los “indios” en las Américas bajo la dominación



imperial y nacional, y los pueblos de descendencia africana en las distintas diásporas alrededor del mundo. Ahora bien, una y otra vez estos sujetos de la modernidad han revelado que existen diferentes maneras de ser moderno; y han accedido y excedido las determinaciones del sujeto moderno. Por eso es que han planteado la necesidad de repensar las concepciones exclusivas del sujeto moderno –como imagen y como práctica. De esta manera, han articulado los términos perdurables de la modernidad –analizando desde el interior de significados y procedimientos a las contradicciones, controversias y contingencias fundacionales.

V

Para concluir, quisiera explicar cómo es que mis argumentos suponen implicaciones críticas para la práctica actual de la antropología. Primero, plantear reflexiones cautelosas sobre las conexiones existentes entre las oposiciones jerárquicas de la modernidad y las predilecciones formativas del conocimiento antropológico, puede llevarnos a elaborar preguntas clave. Necesitamos hacernos esas



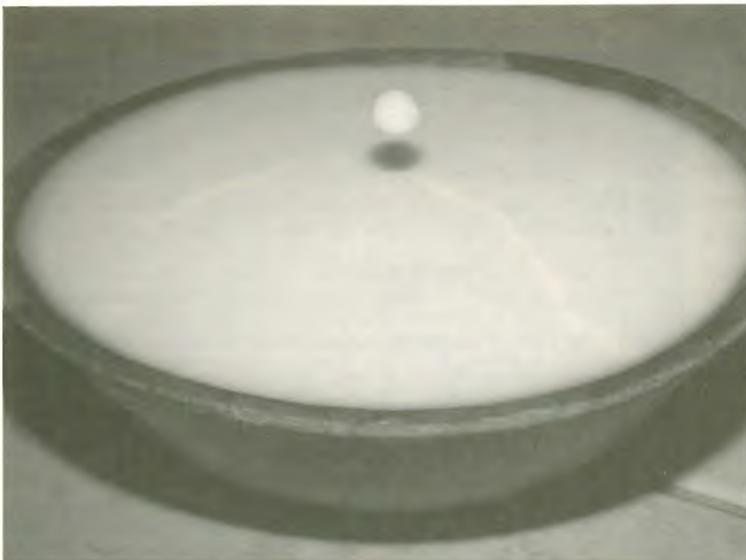
preguntas sobre nosotros mismos, sobre nuestra propia práctica antropológica. Sostengo que tales preguntas son importantes más allá de las diferencias en las orientaciones analíticas o en los subcampos disciplinares de la antropología contemporánea. ¿Cómo nos aproximamos al tiempo, a la temporalidad, y a la historia en la antropología particular que practicamos? ¿Qué presunciones de espacios encantados y lugares modernos conforman las diferentes antropologías que producimos? ¿Cuál es el lugar de las oposiciones jerárquicas entre ritual y racionalidad, tradición y modernidad, mito e historia, lo mágico y lo moderno, emoción y razón, el indio y el europeo, Oriente y Occidente, en nuestras representaciones antropológicas y cotidianas? De manera similar, ¿cuáles podrían ser las tensiones y ambivalencias en nuestro propio trabajo antropológico y en nuestro pensamiento cotidiano? ¿Estas ambivalencias y tensiones están ligadas a nuestras concepciones implícitas y explícitas de los conceptos-entidades de Occidente y progreso, modernidad y desarrollo, estado y nación? ¿Acaso no es importante explorar cuidadosa y críticamente las relaciones entre el conocimiento antropológico y estos conceptos-entidades que sostienen nuestros mundos? ¿No es significativo para la práctica antropológica pensar críticamente y tratar de comprender nuevamente los conceptos-entidades de Occidente y progreso, modernidad y desarrollo, estado y nación? Aquí, podrían jugar un papel clave mis énfasis en las contradicciones, las controversias y las contingencias de la modernidad, éste podría ser el reconocer a la modernidad como conformada por sus sujetos. De acuerdo con estos énfasis, la antropología se comprende más bien como el



estudio de los sujetos de la modernidad. Es totalmente irónico que al estudiarlos, a menudo se conviertan en objetos no-modernos –que deben ser entendidos a través de las proyecciones de sus culturas y costumbres, mitos y rituales, magias y tradiciones homogéneas e inmutables. Advertir lo anterior no es simplemente rechazar tales conceptos y entidades; más bien todo lo contrario. Por un lado, es importante aproximarnos a la costumbre y la cultura, al mito y el ritual, a la magia y la tradición, explorar las prácticas y significados heterogéneos y cambiantes que esas categorías han nombrado y objetivado. Por otro lado, es crucial reconocer que la costumbre y la cultura, el mito y el ritual, la magia y la tradición no son simplemente categorías usadas por antropólogos, sociólogos, historiadores y científicos sociales. Así, dada su prominencia en los esquemas modernos de conocimiento y autoridad, éstos son conceptos-entidades esbozados y articulados de manera diversa por los sujetos de la modernidad, o

sea, por los mismos objetos que las categorías buscaban analizar. De esta manera, los sujetos de la modernidad han imbuido con sus propios sentidos y prácticas distintivas, a los conceptos-entidades de costumbre y cultura, mito y ritual, magia y tradición, y aún más, han incluido en ellas a la historia y la modernidad.

Para concluir, planteo dos preguntas más. ¿Cuáles son los retos para comprender a la antropología como el estudio de los sujetos de la modernidad? ¿Acaso vamos a soslayar los desafíos de articularla como tal, en un estudio encauzado no simplemente por el sujeto moderno, sino por diferentes sujetos de la modernidad, en el pasado y en el presente? ☞



Tres salvaciones

Ver al hombre en su historia

Hace ya varias décadas que la discusión sobre la cientificidad de la historia ocupó gran parte de las reflexiones de quienes se dedicaban al estudio del pasado; aunque todavía quedan resquicios de esta vieja disputa; hoy, en la medida que los historiadores se demoran menos en la contemplación de los monumentos y avanzan con mayor seguridad en el pensamiento, los sentimientos y la cosmovisión de las personas y las culturas, sale a relucir con mayor intensidad una de las principales dudas sobre el carácter científico de la narración histórica, saber si el historiador puede desligarse de su objeto de estudio a tal grado que pueda observarlo como una realidad ajena, que no lo toca ni lo implica; o bien, si el historiador es parte del fenómeno que se ha propuesto describir, mezclándose con él tanto por la elección de los temas como por la descripción y los acentos de la investigación, después de todo, el historiador es, por sí mismo, el último eslabón en la cadena histórica que inicia con los hechos y termina con la interpretación de quien, desde la posteridad, sella el ciclo y ofrece una lectura para la memoria.

Segovia se salva a sí mismo en sus descripciones históricas; narra una historia que aparentemente ajena es, en el fondo, la historia de los sedimentos seculares que han formado su espíritu. Así, Rafael Segovia ve al hombre en su historia, en su propia historia y reconstruye el rostro de su legado histórico que le permite, desde su óptica y lugar en el tiempo y el espacio, ser profundamente universal.



Siempre es un gusto publicar las palabras de Segovia, lo es más viajar a la historia del historiador, a sus documentos primeros, en los que es más viva la alianza entre sus pasiones, sus ideas y los hechos que las formaron. En cierto lugar de la introducción a *Tres salvaciones del siglo XVIII español*, Rafael Segovia dice:

Por el contrario, hemos multiplicado las notas cuando se trataba de las de los autores específicamente estudiados: en el curso de la redacción pudimos observar la facilidad con la que, al menor descuido, nos separábamos de lo que se encontraba consignado en las fichas. En este sentido

no creemos haber traicionado a nuestros ilustrados o anti-ilustrados...

Al apoderarse de los ilustrados, al hacerlos suyos, Segovia reclama el derecho que le asiste como hombre, no como historiador, de explorar las ideas del pasado para comprender su propia presencia en el mundo; la suya propia, como individuo, inteligente proyectado desde el pasado hacia el futuro, pero también como parte de una cultura que lo supera y a la cual se encuentra ligado con la más íntima de las relaciones, la de la identidad.

En sus *Tres salvaciones del siglo XVIII español*, Segovia se aventura en su propia idea de sí mismo, de la hispanidad, del liberalismo, del laicismo, de la ciencia y de la política; se descubre a sí mismo en cuanto producto cultural y descubre una España en el trance doloroso de su liberación, no de algún invasor, sino de sí misma y de sus fantasmas.

48 años antes de que Rafael Segovia enfrentara la tarea de esa disección de la idea de España; otro nativo de la Penín-



sula, vasco él, don Miguel de Unamuno, al querer desentrañar al ser del individuo en el mundo, terminó por descubrir el complejo entramado de lo español y su ser entre las naciones; en *Del sentimiento trágico de la vida*, don Miguel destruye algunas de las ideas que se habían establecido en la España de su tiempo; que poblaban imaginarios y determinaban conductas, pero que no conducían a la búsqueda de la verdad ni al desarrollo del pensamiento, la ciencia y la sociedad; percibe y analiza una sensación de enfermedad en la sociedad y en los sujetos. Todo porque el pensamiento español, descubre el rector de Salamanca, partía de la idea errónea de que el pensamiento es primero, de que se cree, se supone, se percibe y luego se existe; abandonada la península a la contemplación de un ayer marmóreo, el mañana no podía ni siquiera dibujarse y mucho menos conquistarse. Unamuno planteó la posibilidad contraria, empezar por el ser; ser y luego pensar; conquistar la vida antes de proyectarla en pensamientos. Empezó una batalla contra el filósofo inhumano y se puso a favor del hombre que filosofa.

48 años son un sedimento más que suficiente; Segovia, en el exilio particular al que se vio lanzado, como consecuencia del devenir de una guerra inhumana, una guerra en la que había altos ideales y una serie de ideas bajas e insulsas, con la muerte como razón suficiente, construyó una historia ba-

sada en la vida, no en el modelo ideal de lo que fue y de lo que pudo haber sido sino una historia basada en el encuentro de generaciones a favor y en contra de las ideas ancestrales. No por azar tituló don Rafael su libro *Salvaciones...*; para salvarse, es menester tanto un peligro real o inminente, como una acción que coloca al sujeto —en este caso a la nación— lejos del alcance de la amenaza y de la caída; así, desde el título, Segovia nos hace una cita con una historia que finalmente se resuelve, pero cuya lucha no se limita al gabinete del historiador, sino que se libra en momentos y circunstancias reales, sobre todo en ideas concretas que dieron vida a la acción de muchos y que fueron formando el alma dividida de España cuya

partida final todavía no se juega y que tiene momentos dramáticos cada vez que la sociedad española se decanta por la República.

La historia de España que propone Segovia es la historia de cada español, de cada hispano —en sus familias europea y americana—, que se pregunta sobre el ser de su cultura; las preguntas y actitudes que plantea, ya de la ciencia contra la doctrina, la crítica frente al catecismo y la conciencia frente a la Iglesia, en una palabra la libertad contra el dogma.

La formación personal del profesor Segovia es hija de una dicotomía que muchos como Unamuno han analizado; se trata de una preocupación que ha pasado de generación en generación, desde Calderón y “su vida es sueño”,





hasta Azaña y su desencuentro entre la política real y la política de ideales, pasando por Ortega, por Pérez Galdós y que ha tenido su contrapartida de este lado del Atlántico en la obra de Martí, Sarmiento y Reyes, todo ello se resume en el doble sentimiento de apertura e introspección que permea nuestra cultura, que le da dinamismo y, al mismo tiempo, es fuente de desencuentros y hasta de violencia.

España se salva cuando abre sus puertas, cuando deja entrar el viento de otras regiones y cuando se aventura al diálogo con otros y consigo misma; pero lo mismo sucede con las culturas del resto de las regiones de la lengua española; lo mismo en México que en Argentina; lo mismo en Galicia que en Guatemala; lo mismo, en fin, entre la península y el continente americano; pero yendo un paso adelante, lo mismo sucede con el hombre cuando acepta el reto del otro, de la comprensión que es crecimiento y de la colaboración que es, como en el caso de la España que Rafael Segovia describe, una salvación de la identidad y también del destino.

Es este sentido vital que se anuncia ya en este primer libro de Segovia, el que le permite escribir concatenando ideas, marcando linajes vivos y no quedándose sólo en la descripción de lo sucedido. Al recordar a Feijóo, a Segovia le pareció dig-

no de rescate un análisis sobre el sentido de la escolástica en torno a los nuevos derroteros de la ciencia:

Mas no era el estagirita el culpable de la situación a que se veía reducida la física. El mal se debía a que “cerca de dos mil años estuvieron los que se llamaban filósofos estrujándose los sesos, no sobre el examen de la Naturaleza, sino sobre la averiguación de la mente de Aristóteles”. No puede ser más clara la formulación de los males que se atribuía a la escolástica tan pronto como inmiscuía sus métodos en el campo de la ciencia natural.

La filosofía a la que invoca Segovia, se deshace de esas cortapisas y cadenas, aspira a la liberación, pero con todo, no alcanza a satisfacer su drama social. Y es que ciertamente, hay que pensar en que siendo todavía un joven, don Rafael, no ve la salida final al drama de su cultura. Texto vivo como pocos, nos provoca dudas y enfrentamientos; correspondencias y contradicciones, tal y como las veía en su cultura y en su civilización; de nuevo entramos en contacto con Unamuno y su *Sentimiento trágico de la vida*: “como que sólo vivimos de contradicciones, y por ellas; como que la vida es tragedia, y la tragedia es perpetua lucha, sin victoria ni esperanza de ella; es contradicción”.

Con los años, Rafael Segovia ha seguido enfrentándose a estas contradicciones y a este drama histórico; con los años también su discurso ha cambiado, más sereno y más fuerte, como corresponde a la experiencia y al saber ganado, pero ha conservado esa línea de pensamiento que se anunciaba en este su primer libro: escribir para la vida, que las ideas sean trasfondo, fuerza potenciadora, pero que no superan el encuentro cotidiano del que piensa con su mundo, y de la nación con la historia que va construyendo. 



George Sand: entre la fábula urbana y la leyenda rural

A Catalina Iparraguirre,
lectora y admiradora de George Sand

George Sand empezó siendo *nom de plume*, el seudónimo de Amandine-Aurore Dupin (1804-1876) y terminó encarnando a una de las figuras literarias más dinámicas y complejas de la primera mitad del siglo XIX en Francia. Hija de sí misma por virtud de su cambio de nombre, hija espiritual de Rousseau y de las grandes damas dueñas de la conversación ilustrada en el siglo XVIII, George Sand llevaría a la novela el impulso de transposición lírica —ideal o quimérica— de las claves autobiográficas. Decía ella de sí misma —con cierta coquetería— que era “*une bête*”, lo decía como para defenderse de la cerrada competencia intelectual que le tocó respirar en un momento particularmente brillante de la literatura francesa: Hugo, Balzac, Lamartine, Nodier, Mérimée, Flaubert, Musset, Gautier, fueron sus contemporáneos y con ellos tuvo que medir sus dotes. Lo hizo con alguna fortuna. Ernest Renan —citado por los hermanos Goncourt— pensaba que George Sand era superior a Balzac y que en el futuro se le leería más a ella que a él. (En todo caso, hay que admitir que se lee hoy más a George Sand que a Renan.)

Era George Sand un animal literario de tiempo completo. Empezó a escribir por necesidad económica y lo siguió haciendo toda su vida, aunque muy pronto tuvo éxito y pudo vivir con desahogo. El ambiente de esos primeros años del siglo XIX estaba impregnado de lirismo, de formas y figuras poéticas; y sus primeras novelas (como *Lélia* e *Indiana*) están cargadas de descripciones y paisajes exuberantes preñados de vegetación excesiva,

como para hacer eco a la pasión que atraviesa la intriga —gestos tributarios de Chateaubriand. Quizá por eso, como cuenta André Maurois en sus memorias, el filósofo Alain daba prueba de audacia intelectual al afirmar el valor de George Sand a pesar de la condescendencia, si no desprecio, de los escritores que eran jóvenes a fines del siglo XIX y principios del XX. Un ejemplo de esos pareceres es el que registra la condesa de Noailles (1876-1933) en el *Libro de mi vida*; dice así la aristócrata francesa:

Madame Staël está instalada en mi espíritu al lado de George Sand, en una gloria compartida. Siempre justa para esas dos heroínas, me rebelo en cuanto se les ataca o se les quiere disminuir; quedo silenciosa cuando se les venera con exceso, pues no alcanzo a representármelas en su estado natural ni a comprender su corazón. Si no conociéramos el encantador dibujo que Musset hizo de George Sand, quien inclina con languidez un delicado perfil de pescado japonés, o bien ese breve retrato de Delacroix donde la vemos tocada con



un sombrero de plumas multicolores, bajo el cual su rostro oscuro, pero todavía dueño de cierta pureza, hace pensar en algún combatiente de la Fronda, no podría concebir que la severa matrona, grabada por Calamata, su amante, fuera el ídolo de Musset, de Julio, de Pepa, de Juana, de Laurette; pero afectada por el relato que hace George Sand de una mañana de Nohant, en el cual, enferma, ella escuchaba con el alma relajada y encantada, subir hasta su lecho las voluptuosas tempestades del teclado de Lizt; segura de su generosidad maternal; deslumbrada por el imperio que ejercía sobre el corazón de Chopin en el monasterio desierto de las islas Baleares. Sólo me quejo de algunas de sus novelas a la par alpestrés y filosóficas, ¿por qué Sand se ha regodeado escribiendo una sociología improbable que se debate al filo de los torrentes, a la sombra de los rudos pinos y en el frío de las alturas donde unos Sócrates y unos Platones montaraces, pastores, leñadores o aparceros, dan rienda suelta a sus disertaciones?¹

¿No sería —añadimos nosotros— que George Sand, mujer cultivada desde su infancia en el comercio en los clásicos, estaba dispuesta a forzar las situaciones y caracteres con tal de hacerlas caber en la horma bucólica de Teócrito y de Virgilio?

Sns numerosas novelas muestran una artesanía diversa e ingeniosa, así como una factura inspirada que hacen ver hasta qué punto esta escritora, instintiva, llegó a dominar las artes de la narración y a crearse un estilo. Se ha reprochado a las novelas de George Sand el convencionalismo y lo anacrónico de sus ideas, la artificialidad de sus personajes. Sin embargo, a estos reproches habría que matizarlos y templarlos recordando que, en la medida en que George Sand escribía para una industria editorial —como lo es la de las revistas y los periódicos—, en esa medida era prisionera de las convenciones del medio impreso que le permitía sobrevivir: así, una es la George Sand de las novelas y otra muy distinta la de la apasionada y vehemente correspondencia que ha sido saludada con entusiasmo, si no con fervor, por autores tan diversos como Jorge Luis Borges y Paul Bénichou.

Muchas de las novelas como *Último amor* —dedicada a Gustave Flaubert, quien la admiraba, la visitaba y le escri-

bía cartas—, *Lucrecia*, *Elle et Lui* o *Floriani*, donde se caracteriza a Chopin o a Musset —ambos personajes con los que tuvo relaciones amorosas (Musset durante 20 meses, con Chopin durante más de ocho años)—, dan cuenta de otro rasgo de su personalidad romántica: la voracidad biográfica de una literatura y de una autora que no duda en transformarse en actriz de sus propios sentimientos y en sacar partido legendario de su propia leyenda viva y vivida, movimiento sin el cual —por ejemplo la pasión con y por Musset— su nombre y nombradía no serían los mismos. Sand tuvo el talento instintivo de hacer de sí misma un personaje. Era consciente, antes de Oscar Wilde, de que la

naturaleza termina imitando al arte y a la ficción.

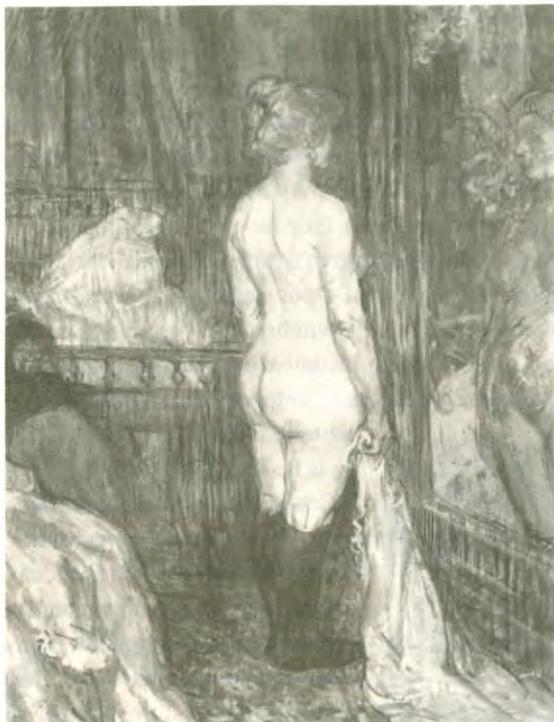
George Sand llevó al mundo emergente de la burguesía mercantil la libertad de espíritu, imaginación y costumbres que dejaron sembrada en la cultura francesa las grandes damas libres, libertarias o libertinas —Madame du Barry entre otras—, que animaron con el calor de su conversación el debate literario y filosófico del siglo XVIII. Nieta de una hija natural del Mariscal de Saxe, bastardo de Augusto II, rey de Polonia, George Sand pudo entrar libremente al mundo de las ideas y de las letras gracias a la educación generosa y magnífica de su noble y avispada abuela. Aristócrata por el talento, noble por el corazón, fue una trabajadora incansable:



a sus decenas de novelas hay que añadir los más de diez volúmenes de su autobiografía, numerosas piezas de teatro, su vasta correspondencia, incluso sus artículos y papeles relacionados con la lucha por los derechos de la mujer. Y quien dice trabajador o trabajadora dice industria: desde las páginas de la *Revue des Deux Mondes*, George Sand formó parte de esa industria de la literatura que haría creer —no sólo en Francia— en la idea de un *poder espiritual* —para evocar a Augusto Comte—, de un poder secularizado que tiene asiento en la literatura narrativa, pero que incluye a la poesía lírica, al teatro y hasta cierto punto a la filosofía.

A pesar de su ambigüedad, George Sand era consciente de que vivía una época de incertidumbre y de acelerados cambios: la diversidad de su obra lo confirma. Dentro de esa diversidad hay un escenario profundo, un mundo al que nunca dejará de ser fiel y rendir homenaje y al cual

¹ Condesa de Noailles, *El libro de la vida*, traducción de Pedro Labrousse, Editorial Tor, 1932, pp. 60-61.



pertenecen sus obras más celebradas, menos contestadas por la crítica ulterior: *La Mare au Diable*, *La Petite Fadette* y *François le Champi*, escritas entre 1846 y 1849. Cada una de estas obras, citadas como obras maestras, fueron pasadas al estado escrito en muy pocos días, por ejemplo, escribió *La Mare au Diable* en menos de cuatro días. Este dato lleva a subrayar otro: la velocidad. George Sand era una autora que escribía con gran rapidez, al dictado de su inspiración, pero también al ritmo exigente de las revistas y periódicos —como la *Revue des Deux Mondes*, de la cual fue uno de los pilares y en la que colaboró más de veinte años a partir de 1833—² con los que tenía un pacto de fidelidad. La velocidad de la escritura de George

² Sobre la *Revue des Deux Mondes* cabe registrar que Sand continuó publicando sólo hasta 1858, luego de una ruptura en 1853. Sobre las relaciones de George Sand y la *Revue des Deux Mondes* véase *Le Livre du Centenaire. Cent Ans de Vie française à la Revue des Deux Mondes*, París, Hachette-*Revue des Deux Mondes*, 1929, pp. 62-68. Como nota curiosa, registro que el ejemplar que manejo trae un listón rosado que dice: “Para celebrar el centenario de la publicación *Revue des Deux Mondes*, BANQUETE. Organizado por el señor Bernard Vicent, Restaurant Chapultepec, México, 22 de febrero de 1929”.

Sand lleva al lector a hablar del culto a la improvisación como condición literaria. En su novela *Consuelo*, la autora aborda este tema, a su vez inspirada en la narración de Madame de Staël: *Corinne*, quien retrata a una *poetisa*, *poetesse*, es decir a una improvisadora. Las virtudes de George Sand son menos las de originalidad que las de la sensibilidad y de olfato. Al trío de novelas citadas: *La Mare au Diable*, *La Petite Fadette* y *François le Champi* hay que añadir un libro poco conocido, pero que ilumina con resplandor hechicero ésas y otras de sus novelas: me refiero a *Légendes Rustiques* (1852), un libro que reúne doce narraciones de asunto sobrenatural, ubicadas en un territorio rural, el Berry, la *querencia* normanda de sus años de infancia y adolescencia. Las “leyendas rústicas” fueron ilustradas por su hijo Maurice Sand, refieren creencias y sucesos que pueden remontarse a los primeros tiempos de la Edad Media: enormes piedras que se mueven solas de lugar; lloronas, es decir, fantasmas de madres que han asesinado a sus hijos y que lavan en la noche la ropa sucia de su culpa; hombres de fuego; hombres que saben hacer aullar a los lobos; presencias fantasmagóricas y espectrales; duendes invisibles que vacían y llenan de oro costales y sacos; diablos ubicuos que tocan la gaita; maldiciones; supersticiones y sortilegios; bandas de lobos entre los cuales se desliza una mujer loba; y así sigue el tren de las apariciones. En el prólogo a este libro, en el que Sand se declara ignorante y tonta (*bête*), la novelista sienta una de las claves de su método narrativo: la atención desprejuiciada hacia ese historiador en estado natural que es el campesino. Esto es una clave para comprender su obra, pues buena parte de su mundo narrativo y novelesco se explica —como en el caso de la sueca Selma Lagerlöf— como un ejercicio riguroso de traducción de



los valores y creencias del mundo rural a los valores del mundo urbano e industrializado del cual ella es cautiva y protagonista. Contra este contexto, podemos citar la novela *François le Champi* donde traza un retrato comedido e idealizado del “buen salvaje”, del hijo silvestre de los bosques que aparece un día en las afueras del pueblo con el único propósito, por así decirlo, de ser “educado”: el *Emilio* de Rousseau, el Viernes que acompañó a Robinson Crusoe en la novela de Defoe, la *Atala* de Chateaubriand, todos ellos son los parientes de este niño ideal que significativamente termina desposando a su madre adoptiva.

Acaso la prisa, la rapidez con que George Sand trabajó y escribió tiene que ver con la conciencia de estar afanándose entre dos mundos fugaces que es preciso documentar y salvar de urgencia. Esta idea de salvación y de afán redentor explica no sólo sus obras de ambiente rural, sino las construcciones novelescas que podríamos llamar socialistas donde la novelista no sólo ensaya salvar, sino también edificar y redimir. Si bien esta segunda George Sand es más proclive al sermón y al discurso pedagógico, no deja de ser interesante, aunque sólo sea como testigo y testimonio de su tiempo. Un tiempo que Sand vivió con responsabilidad civil y política —recuérdese su posición moderada durante las revueltas de 1848 que curiosamente coincide con la de un Tocqueville cuya sensibilidad era



ŒUVRES ILLUSTRÉES
DE
GEORGE SAND

PREFACES ET NOTES NOUVELLES PAR L'AUTEUR

DESSINS
DE TONY JOHANNOT
ET MAURICE SAND



1854

muy opuesta—, pero también con cierta ambigüedad como cuando declina la candidatura a la Asamblea Nacional, lanzada por un club de mujeres ligado al periódico *La Voix des Femmes*. Con circunspección clarividente, llama a las damas socialistas a no confundir igualdad con identidad, además de que no ve con buenos ojos la “doctrina inmunda”, el “dogma esotérico de la promiscuidad” inspirado en caricaturas de las enseñanzas de Saint-Simon o Fourier.³ Su enorme destreza técnica, su capacidad de metamorfosis y de reinención literaria prestan a esta condición testimonial indudable valor literario. Como hemos dicho, George Sand fue comparada por Ernest Renan con Balzac; reténgase de esa comparación la amplitud de una obra que organiza, desde el punto de vista de una mujer dispuesta a asumirse como tal, el autoconocimiento integral de una sociedad.

Después de George Sand llegaron Rachilde, Colette, Selma Lagerlof, Elsa Morante, Rosa Chacel, Elena Garro, y muchas otras artistas de la pluma, pero fue ella, en cierto modo, la abuela madrina, la Scherezada de las letras modernas. ❧

³ *Encyclopédie politique et historique des femmes*, dirigida por Christine Faure, PUR, París, 1997, pp. 350-354.

George Sand y Colette**

Lo que les deben las mujeres

Hace doscientos años nació George Sand; hace 50, murió Colette. Dos escritoras, dos mujeres independientes que marcaron su época y revolucionaron las mentes para siempre. Es tanto lo que las mujeres contemporáneas les deben...

¿Qué queda hoy de George Sand y de Colette? Lamentablemente, ¡sólo imágenes estereotipadas! “Señora de Nohant”, en el caso de la primera, reducida, a pesar de su considerable obra, a tres novelas bucólicas: *François le Champi*, *La Petite Fadette* y *La Mare au Diable*. Provinciana desorientada, en el caso de Colette, rebajada al rango de autora de novelas agrestes y “monas” (*La maison de Claudine*, *Dialogue de bêtes...*) ¿Por qué los estereotipos? Vidas extrañas, caricaturizadas a menudo, que suprimen la obra, aunque también existe un desconocimiento creciente de sus textos: consideradas como escritoras apegadas al terruño, George Sand y Colette son cada vez menos leídas y sólo se estudian en algunas escuelas de sus regiones.

Las universidades padecen este desinterés. Evelyne Sullerot, reconocida socióloga fundadora de la planificación familiar, no duda en declararse aburrída por la lectura de las novelas que consideró “muy marcadas por la época y que, por lo tanto, envejecieron demasiado rápido”, y se compadece de “quienes, con motivo del bicentenario del nacimiento de George Sand, deben ‘tragarse’ *Indiana* o *Léila*. ¡Qué flojera!”. Si bien Jean-Jacques Aillagon, exmi-

nistro de cultura de Francia, no escatimó palabras respecto a George Sand al mencionar su “magnífica imagen de libertad” y manifestarse por volver a otorgarle “dimensión nacional”, aún se ignora con cuánta audacia la novelista rompió los tabúes de su época. En cuanto a Colette, su obra se encuentra en perfecta actualidad con nuestro tiempo: narcisismo, desinterés por la cuestión pública, búsqueda de la felicidad absoluta en una sociedad que privilegia lo sexual y lo sensual... ¿Acaso nos olvidamos, medio siglo después de su muerte, que Colette es realmente una de las escritoras más modernas e innovadoras del siglo xx?

Sin embargo, las mujeres de hoy le deben a George Sand y a Colette buena parte de las conquistas que siguen defendiendo. En dos épocas diferentes, estas novelistas extraordinarias supieron conquistar la libertad y hacer caso omiso de las exigencias de sus tiempos.



* Las autoras agradecen la generosa colaboración de Christine Ferniot. La traducción del francés estuvo a cargo de Mónica Portnoy.

** Artículo aparecido originalmente en *Lire*, 325, mayo de 2004.



1. La libertad de escribir y la independencia económica

Ante todo, Sand y Colette son dos grandes novelistas, podemos afirmar, sin dudar, que contribuyeron a crear el estatuto de “mujer autora”. Ávidas de libertad, apasionadas por la independencia, lucharon con firmeza para conquistar su autonomía. Su ingreso en la literatura no fue por vocación, sino para ganarse la vida. En aquel entonces, escribir era accesible para mujeres sin experiencia, además de que era socialmente aceptado: “De todos los trabajos que podía hacer, la literatura propiamente dicha era la que me ofrecía más posibilidades de éxito como profesión y, por qué no decirlo, como medio de vida”, declaró George Sand en su autobiografía: *Histoire de ma vie*. En 1831, mal casada, la que aún se llama Aurora Dupin, baronesa Dudevant, no tuvo otra alternativa que la de lanzarse abiertamente a la escritura, como medio para deshacerse de un esposo insípido (Casimir Dudevant) y de una vida gris en Nohant.

Colette, por su parte, fue forzada a los 22 años por Willy, su primer marido, a dedicarse a la escritura. Ávido por obtener algo, Willy la condenó, a partir de 1895, a plasmar en papel sus recuerdos infantiles, a prostituirlos tergiversándolos. Luego, él se adjudicó la autoría: durante mucho tiempo la serie de las *Claudine*, se firmó con el nombre de Willy; Colette misma participó de la mentira callando lo que todo París ya sabía. Después del divorcio, Colette, despojada por su exmarido de los derechos de autor, si-

guió el ritmo infernal de los talleres de escritura de Willy y publicó una novela cada año con el único objetivo de sobrevivir: “Trabajo como si fuera jornalera para sacar, de mi memoria y de mi imaginación, un volumen de novelas, pero ¡qué trabajo tan asqueroso!” le dijo a Francis Carço en una carta fechada en 1921. Sintió tal repugnancia que, durante toda su vida, le suplicó a su hija que escogiera una “verdadera profesión”.

George Sand y Colette obtuvieron su independencia económica por mérito de su pluma y al precio de un sinnúmero de sacrificios. De haber podido, ambas hubieran deseado otra vida:

“Escribir me da pánico”, le dijo Colette a su amiga Marguerite Moreno. “Quisiera continuar con esta vida de lujo desenfrenado que llevo aquí: con los pies descalzos, una camiseta descolorida de lana, un saco viejo, mucho ajo y el baño a cualquier hora.”

En cuanto a George Sand, probablemente hubiera preferido viajar, dedicarse a la pintura, a las marionetas, a la música o, simplemente, “preparar mermeladas”:

Sentía aversión por mi profesión, al menos diez veces por día, cuando escuchaba hablar de obras serias que hubiera querido leer o de cosas que hubiera querido ver por mí misma. Y luego, cuando llegaban mis amigos, sentía que no los recibía tan bien como se merecían y me veía preocupada cuando estaba con ellos

Confesó en *Histoire de ma vie*. Con el tiempo, acabaron por tomarle el gusto a la escritura, que vivieron como un verdadero “oficio”, y llegaron a conciliar sus múltiples aspiraciones. Probablemente, ésta es la razón por la que Hélène Carrère d’Encausse, secretaria perpetua de la Academia





Francesa, vio en George Sand a una mujer moderna, “no conformista, que supo ser una dama de Berry y una mujer emancipada al mismo tiempo”.

2. *Dos empresarias astutas*

El deseo de ser económicamente independientes se acompañó de un perfecto conocimiento de la maquinaria editorial. En ese mundo de las letras, esencialmente masculino, las dos escritoras supieron, como pioneras, hacerse escuchar y hacer valer sus derechos. Se trató de una lucha tan intensa que George Sand llegó a crear la función de agente literario, intermediario entre el autor y el editor.

Durante toda su vida, Sand sabrá defender sus intereses con los editores, recuerda Chantal Pommier.¹ Exigió sumas globales importantes como pago a su trabajo y que le pagaran en caso de enfermedad.

Colette también fue una feroz negociadora, rápidamente se convirtió en la escritora que obtuvo mayores porcentajes por la venta de sus libros, cuando Fayard le recordó que André Gide no pedía más que una cuarta parte de lo que ella exigía, Colette respondió de manera inmediata: “André Gide se equivoca. Si los hombres ilustres actúan de esta manera, ¿qué obtendrán quienes a lo mejor tienen hambre?”

Únicas en su tiempo, George Sand y Colette lograrán que las acepten en ese medio literario en el que ser mujer era una lacra. La primera, discutía sobre filosofía y religión en las cenas

¹ Chantal Pommier, *George Sand et Colette, concordances et destinée*, Royer, 2004.

del Magny, instauradas por Sainte-Beuve; la segunda, fue la primera mujer jurado del premio Goncourt.

3. *Conciliar el trabajo y la vida como mujer*

Completamente impensable para la época, las dos escritoras llevaron al mismo tiempo trabajo y vida familiar, negándose a sacrificar uno a costa de la otra. Se pretenden múltiples: mujer, amante y madre en una sociedad hostil a esta libertad. Más aún, la razón por la que luchan con tanta pasión es la responsabilidad que tienen con el hogar. Trabajan sin descanso para pagar las pensiones de sus hijas, Solange y Bel-Gazou, y para asegurarles una educación que les permita vivir libremente: “¿En qué te convertirás?, ¿qué vas a hacer? Nada está claro en tu futuro, que, sin embargo, está tan cerca, como una joven que debe trabajar de su profesión”, cuestiona Colette a su hija en una carta de julio de 1927. El fracaso sería que sus hijas terminaran siendo mantenidas, esclavas del dinero de otro. Un deshonor tal que George Sand comparó con la prostitución. George Sand reprochó a su hija que dependiera económicamente de su esposo. Peor aún, para Sand ¡sólo es admisible lo contrario! Durante toda la vida, las dos mujeres mantuvieron a sus maridos, a sus amantes, a todos los hombres de sus vidas que, frecuentemente, a falta de poder (¿de querer?) les dejaban la responsabilidad de lo cotidiano. Ambas mujeres se empeñaron en la tarea de ser libres y lograr que quienes las rodean también lo fueran: “Escribía para compensar las tonterías o aligerar la miseria de los imbéciles que conocía”, confía George Sand a Gustave Flaubert, su amigo.



4. La libertad sexual

Libertad de crear, pero también libertad de vivir sin límites ni tabúes: aquí también, George Sand y Colette fueron pioneras:

Quiero hacer lo que me dé la gana. Quiero hacer pantomima, incluso comedia. Quiero bailar desnuda si el traje me incomoda y humilla mi plástica... ¡Quiero amar al que me ame y darle todo lo que me pertenece en el mundo: mi cuerpo rebelde para compartirlo, mi corazón tan dulce y mi libertad! Quiero... Quiero...

Escribió Colette en *Les vrilles de la vigne*. Colette aspiró a todo, al placer, a la libertad, a la felicidad. Someterse, si bien le place, pero tener siempre la posibilidad de elegir. Tuvo tres esposos (en una época en la que el divorcio, lejos de admitirse, se condenaba bárbaramente), una letanía de amantes y queridas.

Lesbianismo *chic* en el París de los años locos, el periodo entre las dos guerras en que el cuerpo se regocija, travestismo escandaloso, efusiones provocadoras en el escenario del Moulin Rouge que desagradaron al público (y, para colmo, ese beso lánguido a la duquesa de Morny, la tal Missy), deleitaron a los chismosos y llevaron a la policía a suspender las representaciones... Colette se atreve a todo, tanto en el escenario como en la ciudad. Su amor por los jóvenes la llevó al lecho de hombres siempre menores que ella; a veces, con diferencias de edad de 30 años: se dedicó a la educación sexual y sentimental de Bertrand de Jouvenel, su hijastro, que en ese momento sólo tenía 16 años. ¿Acaso alguien se lo reprochó? La novelista respondió con ese aplomo que rara vez la abandonó, aseguró que no se preocupó “ni de la diferencia de edad ni de la opinión de los imbéciles”.

Sand, por su parte, se casó sólo una vez, pero tuvo múltiples *affaires*, generalmente con hombres célebres, lo cual fue la comidilla de los periodistas. Alfred de Musset, “su chiquillo”; Federico Chopin, “su pobrecito querido”, incluso, Prosper Mérimée, ese “diablo del amor”. Y cuando declaró su pasión o le concedió alguna cita a alguno de sus amantes, la novelista no se anda con rodeos: “Estoy muy emocionada de poder decirle que siempre tuve nnas ganas locas de que me cojan y que me encantaría que fuera usted. Estoy lista



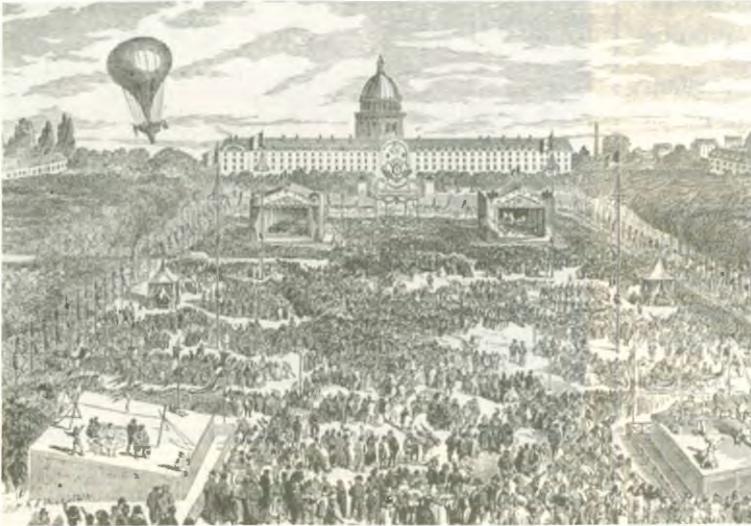
para mostrarle mi culo, y si quiere verme completamente desnuda, venga a visitarme [...]” Le dijo George Sand a Alfred de Musset en una de las célebres cartas codificadas que la pareja solía escribirse. Ellas participaron frecuentemente de un *ménage à trois*, lo que no tiene nada de extraordinario... si no fuera porque ellas mismas impondrían ese *modus vivendi* al escoger sus parejas.

Colette y George Sand tuvieron la insólita audacia, cada una en su momento, de reivindicar el placer femenino y de convertirlo en un tema de novela. Lo que pertenece al ámbito privado se une de esta manera con el ámbito de lo público. En *Léila*, George Sand provocó un escándalo al mencionar la frigidez de su heroína, su frustración, su insatisfacción: ¡por fin se aborda el goce femenino!

¡Cuánta tenacidad y perseverancia se necesitaba para resistir la hostilidad que las circundaba! Críticas provocadoras, señalamientos misóginos... No se les perdonó nada, Jules Barbey d'Aureville escribió en *Le Constitutionnel*: “Para parecerse más a un hombre, Sand apagó en ella el cristianismo, derribó el altar del matrimonio y de la mner-te e imprimió a su talento esa horrible mueca filosófica que la desfigura y que termina por convertirla en temible [...]”

Colette también provocó el enojo de los demás: “Escritora del instinto, Colette lleva a la noche cerebral, al ocaso de cualquier cultura, al empobrecimiento definitivo de la persona humana reducida al rango de animal”, señaló su asiduo crítico Jean de Pierreeau cuando se publicó *Chéri*, en 1920. Pasan por las horcas caudinas de la censura.

Sus obras generaron polémicas: son juzgadas como amorales y las de Sand, incluso, serán proscritas por el clero en 1863, se dejó de publicar en los periódicos y, en 1860, cuando una jovencita



fue juzgada por infanticidio, el procurador no dudó ni un instante en invocar la responsabilidad de las novelas de Sand. En ese entonces, la novela aún era considerada como un género menor y peligroso.

Casi un siglo más tarde, la situación no cambió: al aparecer *Claudine en ménage*, el senador Béranger, que se oponía a la emancipación de las mujeres, intentó denunciar ante la justicia a Colette, como lo recuerdan Claude Francis y Fernande Gontier: “Claudine era todavía más peligrosa que las sufragistas que reivindicaban el derecho al voto, porque ella reivindicaba el derecho al placer”.² En el conjunto de la obra de Colette, la serie de *Claudine* no fue el único blanco de una crítica conservadora, señaló Marine Rambach: “Hay quienes nunca perdonarán a Colette que haya publicado *Ces plaisirs...* Y, cuando muere la novelista, en 1954, Jacques Laurent, en *La Parisienne*, denunciará a la que desparramó ‘dinamita en las hojas de ruibarbo del Jardín de Sido’”.³

5. La libertad política y la igualdad

Si George Sand y Colette nunca dejaron de liberarse de las ataduras de su sexo, fue para reivindicar mejor su igualdad con los hombres. Nadie olvida la imagen de George Sand vestida con levita y sombrero, con un cigarrillo en los labios. Sin embargo, ella jamás

² Claude Francis y Fernande Gontier, *Colette*, Perrin, 2004.

³ Marine Rambach, *Colette pure et impure*, Éditions Gaies et lesbiennes, 2004.

buscó “imitar” al hombre: este travestismo audaz le permitía, antes que nada, confundirse en la multitud, evitar los gastos de lavandería y acceder a las butacas de los teatros cuando las mujeres tenían prohibida la entrada. Recordemos que necesitó una derogación para que se le autorizara el uso de pantalones... Conscientes y felices por lo que ellas declaran ser su “androginia” (“Tengo la suerte de ser sólo una mujer a medias”, afirmó Colette a Saint-John Perse), las dos autoras se negaron a considerarse mujeres virilizadas en un mundo que acosaba los índices de su masculinidad. No buscaron más que la igualdad entre hombre y mujer, se negaron a ser instrumentalizadas y se consideraron artistas sin

que se evocara la cuestión del género femenino. *Histoire de ma vie*, de George Sand, primera autobiografía realizada por una mujer, permitió observar el punto de vista de una artista –y no de una mujer– sobre su existencia, su siglo, al tiempo que configuró un testimonio sorprendente sobre la historia de su carácter.

George Sand se involucró en un territorio hasta entonces reservado exclusivamente a los hombres: la política.

En el siglo XIX, las mujeres estaban excluidas de la vida política, recordó Michelle Perrot, especialista en historia de las mujeres. George Sand, ciertamente, vivió todo eso de manera muy intensa. Su ejemplo puede considerarse un modelo, un camino, aunque ella es contradictoria. George Sand consideró que antes de tener derechos políticos, las mujeres debían tener derechos civiles. Debían ser individuos autónomos antes de convertirse en ciudadanas.



De hecho, Sand defendió los derechos civiles antes de comprometerse con los derechos ciudadanos. Republicana convencida, nunca alentó el acceso de las mujeres a la asamblea constituyente: en 1848. *La Voix des Femmes*, periódico fundado por Eugénie Niboyet, propuso la candidatura de Sand para las elecciones. Se trató de una burla a los hombres que son los únicos que gozaban del derecho al voto, pero Sand rechazó la candidatura y juzgó la propuesta como “ridícula”: “Las que pretenden que hubieran tenido tiempo para ser diputadas y criar a sus hijos simultáneamente, no los criaron por su cuenta; de lo contrario, sabrían que es imposible” (*Une correspondance*).

Esto no le impidió comprometerse de lleno en la lucha por la igualdad dentro del matrimonio y en la educación que se imparte a las hijas.

Todas sus novelas tratan de heroínas que se casarán con alguien que será su igual, explica Martine Reid. La mujer es idéntica al hombre y en las mismas condiciones. Ésta es la gran idea de Sand, su socialismo utópico. Su idealismo proviene de lo que ella consideró un problema que, al mismo tiempo, propone una solución. Una conclusión afortunada.⁴

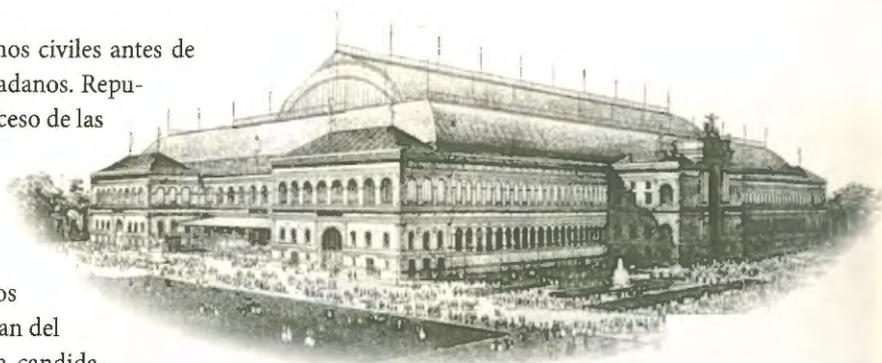
La posición adoptada por Colette es sencilla, lo afirma es su heroína Julie de Carneilhan: “Yo no discuto sobre la guerra. Discutir sobre la guerra no es asunto de mujeres”. Colette nunca brilló por su compromiso o su lucidez política: admitió “no entender nada” se casó con un judío, Maurice Goudekot, y al mismo tiempo firmó en *Gringoire*, un periódico colaboracionista. Una más de las paradojas de Colette.

6. ¿Pioneras del feminismo?

En Estados Unidos, la crítica recuperó a Colette y la erigió como icono feminista. Sin embargo... “Las sufragistas me repugnan [exclamaba en 1910]. Y si a algunas mujeres francesas se les ocurre imitarlas, espero que entiendan que esas costumbres no se usan en Francia. ¿Saben lo que se merecen las sufragistas?, el latigazo y el harén”.

Al unísono, todas las voces se ponen de acuerdo para decir que la novelista detestaba todo lo que olía a escuela,

⁴ Martine Reid, *Singer Sand*, Belin, 2004.

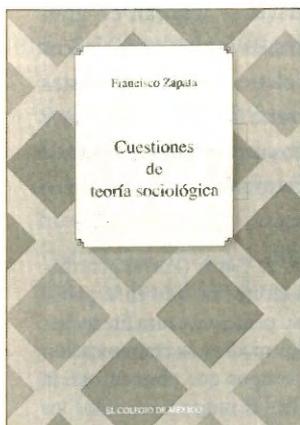
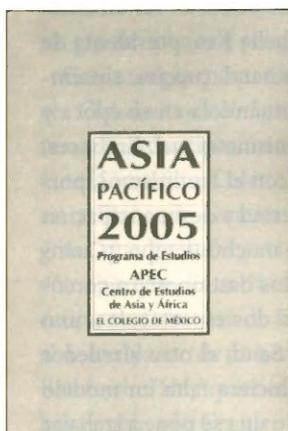


aunque fuera por una causa noble. Florence Montreynaud, fundadora de *Chiennes de garde*,⁵ deplora su “falta de solidaridad con sus contemporáneas”. Sand merece más o menos la misma opinión: para Damien Zanone, del grupo de investigaciones sandianas, “la novelista no adoptó la causa de las mujeres, sino una causa político social”. Y, si bien del otro lado del Atlántico se celebran las cualidades subversivas de su obra, Annabelle Rea, presidenta de la muy activa Asociación George Sand, precisa, sin embargo, que hay que saber leerla, situándola en su época y no buscar en sus novelas un feminismo actual. Entonces, ¿por qué sus nombres se asocian con el feminismo?, porque constituyeron modelos de libertad y de emancipación buscados por las mujeres durante mucho tiempo. ¿Cuántas mujeres lograrán derribar tantos bastiones? La coreógrafa Karine Saporta, que prepara dos espectáculos, uno alrededor de la figura de George Sand, el otro alrededor de Colette, nunca “pensó que le hiciera falta un modelo para crear, pero afirmó que cuando una se pone a trabajar alrededor de una mujer creadora, eso otorga tranquilidad. La tranquilidad que da el saber que existe una sonoridad de creadoras”.

En el momento en que algunos se preguntan dónde quedaron las feministas, cuando todavía se ignoran en gran medida los derechos de las mujeres, es imprescindible leer las obras de George Sand y de Colette. Las dos novelistas supieron romper las normas, liberar a las mujeres de hoy y quitarles el pudor por medio de cosas pequeñas. Pequeñas cosas que conforman la gran literatura. ☞

⁵ El colectivo de mujeres *Chiennes de Garde* (Perras guardianas), analiza la violencia verbal y sus efectos no sólo en la publicidad, sino en toda la esfera pública, su principal causa fue luchar contra el predominio masculino en los medios de comunicación y el sexismo, para eliminar los estereotipos que obstaculizan la consecución plena de los derechos de las mujeres en todos los ámbitos. [N. de la T.]

NOVEDADES

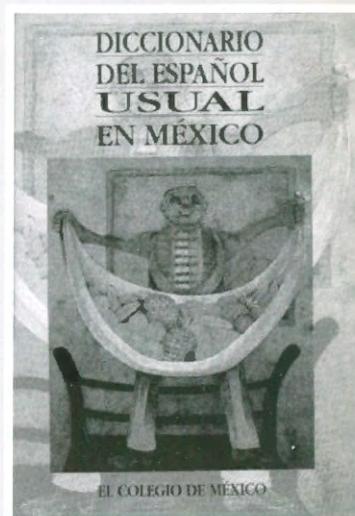
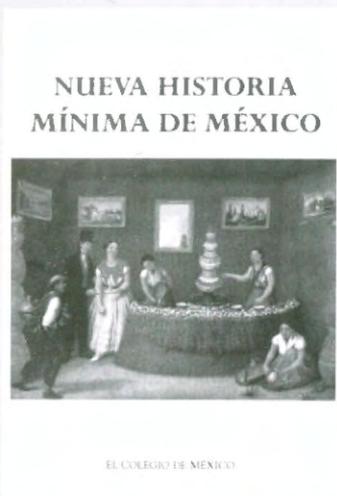
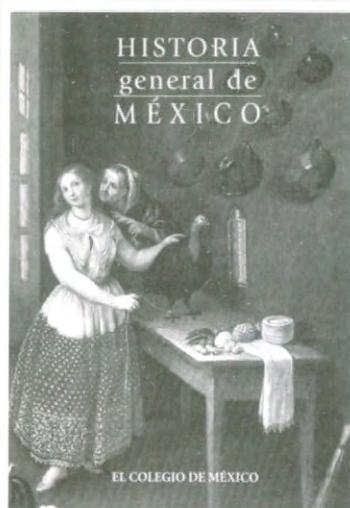


EL COLEGIO DE MÉXICO

El Colegio de México, A. C.,
Dirección de Publicaciones,
Camino al Ajusco 20,
Pedregal de Santa Teresa,
10740 México, D. F.
Para mayores informes:
Tel. 5449 3000, exts. 3090, 3138 y 3295,
Fax: 5449 3083 o Correo electrónico:
publi@colmex.mx



LOS LIBROS MÁS VENDIDOS



**EL COLEGIO
DE MÉXICO**

El Colegio de México, A. C., Dirección de Publicaciones, Camino al Ajusco 20, Pedregal de Santa Teresa, 10740 México, D. F.
Para mayores informes: Tel. 5449 3000, exts. 3090, 3138 y 3295, Fax: 5449 3083
o Correo electrónico: publi@colmex.mx

**VOICES
of Mexico**
UNAM • UNAM

Beatriz de la Fuente
In Memoriam
María Teresa Ucaire,
Leticia Salinas, Diana Magaloni
And Alfonso Arriaga

Political Participation
In Mexico
Articles by Mauricio Merino,
Roberto Gutiérrez,
María Fernanda Sromano
And Carlos González

NAFTA and Mexican
Industrial Policy
Monica Gambrell

The Culture of
Discrimination in Mexico
José Luis Gutiérrez E.

Efraín Bartolomé, Poet of
Emotion and Intelligence
Juan Domingo Argüelles

Chiapas: Discovering the
Painting of Kayam Ma'ax,
The Mixe-Zoque Legacy
And Organic Coffee

ISSN 1548-0639

www.unam.mx/voices

ISSUE 71 OCTOBER - DECEMBER 2005 MEXICO \$50 USA \$12.00 CANADA \$15.00

Descubra México en un recorrido por lo más sobresaliente de sus manifestaciones artísticas y culturales. La revista *Voices of Mexico* editada totalmente en inglés, incluye ensayos, crónicas, reportajes y entrevistas sobre economía, política, ecología y relaciones internacionales.

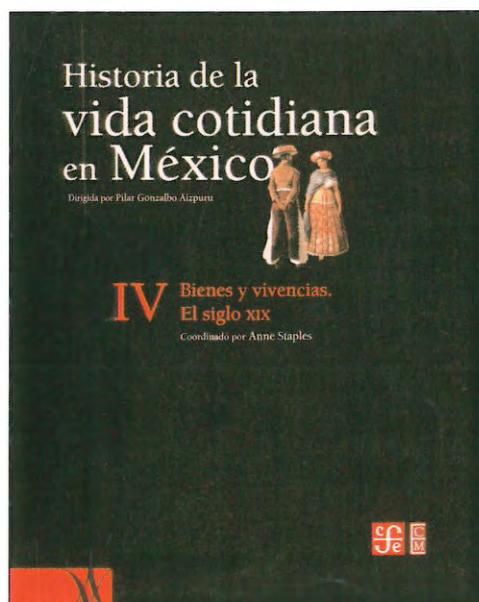
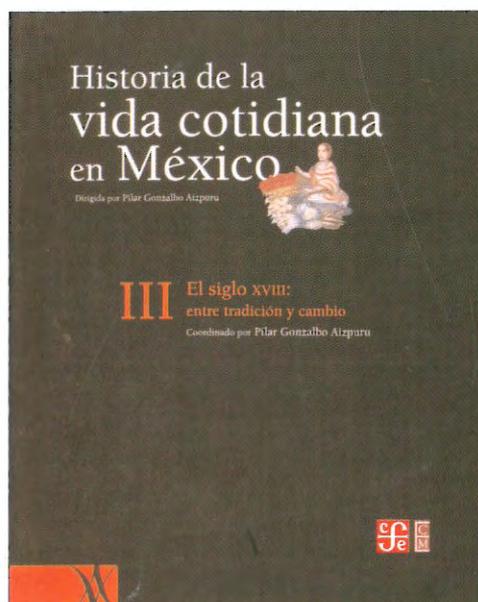
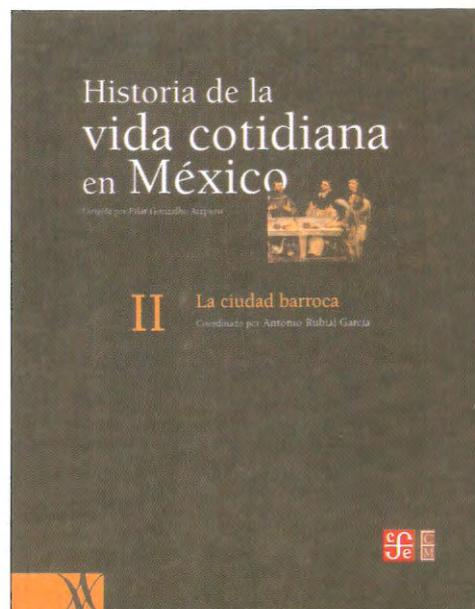
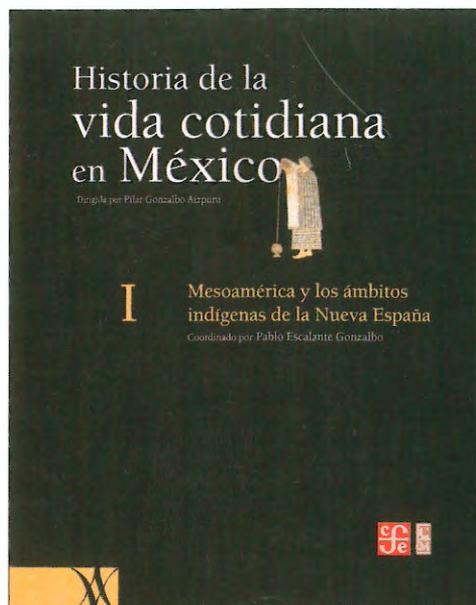
**VOICES
of Mexico**

SUSCRIPCIONES

Canadá 203, Col. San Lucas, 04030 México, D.F.
Teléfonos y fax: 5336-3601, 5336-3558, 5336-3595,
5336-3596 and 5336-3449

e-mail: voicesmx@servidor.unam.mx

NOVEDADES



EL COLEGIO DE MÉXICO

El Colegio de México, A. C.,
Dirección de Publicaciones,
Camino al Ajusco 20, Pedregal de Santa Teresa,
10740 México, D. F.

Para mayores informes:
Tel. 5449 3000, exts. 3090, 3138 y 3295,
Fax: 5449 3083 o Correo electrónico:
publi@colmex.mx